

COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA
Dirigida por Luis Alberto Romero

JAMES P. BRENNAN

El Cordobazo

Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976

Traducción de
HORACIO PONS

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

tante de días de trabajo habían disminuido su salario neto. Como Pablo, había aprendido que, a pesar de las ventajitas aparentes, el empleo en IKA-Renault también tenía sus inconvenientes. En este caso, un sindicato más independiente y sensible también implicaba más huelgas, la pérdida de días de trabajo y problemas financieros para su familia.

En 1966, Alberto dejó su casa en Villa María, una próspera ciudad agrícola de la provincia de Córdoba, para comenzar sus estudios universitarios de Arquitectura. El día de su llegada a la ciudad, se vio enfrentado a un sorprendente despliegue callejero de airados trabajadores mecánicos, siendo testigo por primera vez en su vida de las huelgas sindicales de las que los diarios argentinos hablaban continuamente. Se unió a la columna en marcha sin entender plenamente contra qué protestaban los trabajadores. Su educación política quedó interrumpida el año siguiente por la *colimba*, el servicio militar obligatorio que, irónicamente, contribuyó a instilar en él, como lo haría en muchos de los jóvenes izquierdistas de los años setenta, el odio a los militares. Cuando volvió a Córdoba al año siguiente, encontró a la ciudad notablemente cambiada. El clima político se había endurecido y, en la Facultad de Arquitectura, lo que antes eran desacuerdos políticos amistosos se habían convertido ahora en acris de disputas ideológicas. Los grupos de estudiantes reformistas que dominaban la política universitaria cuando él se fue de Córdoba habían sido eclipsados por las más recientes organizaciones marxistas y peronistas de izquierda, que se interesaban sólo en proteger la autonomía universitaria como lo habían hecho los grupos estudiantiles en los primeros días de la dictadura de Onganía, sino también en abogar por una transformación completa de la sociedad argentina, llegando algunos de ellos a propugnar una revolución socialista.

Eduardo también esperaba empezar sus estudios de Arquitectura. A diferencia de Alberto, llegó a Córdoba después del golpe y se encontró con el examen de ingreso que Onganía había establecido en las universidades durante su primer año de gobierno. El presidente había afirmado que ese examen era necesario para mejorar la calidad de la educación superior en el país, si bien muchos, como Eduardo, creían que no se trataba más que de un intento descarado de eliminar el legado del movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba en 1918, para restaurar la naturaleza elitista de la universidad argentina y minar su carácter de principal institución promotora de la movilidad social en el país. Eduardo no aprobó el examen, una amarga desilusión y una fuente de orgullo herido, si no exactamente vergüenza, para él y su familia. No haber conseguido la admisión en la universidad le significó perder un año

5. El Cordobazo

En 1963, mientras trabajaba en la fábrica de aviones local, Pablo se enteró de que Industrias Kaiser Argentina estaba empleando personal y pagaba mejores salarios que el que él recibía como mecánico en el complejo de las Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado. Un día que estaba libre, tomó un ómnibus hasta Santa Isabel y solicitó trabajo en las plantas de Kaiser. Allí, la oficina de personal de IKA le tomó una sencilla prueba de aptitud mecánica y le informó que tenía buenas posibilidades de conseguir empleo en una de las fábricas. Poco después lo contrataron. Sin embargo, muy pronto Pablo quedó desilusionado con su nuevo trabajo, al descubrir que los conocimientos de mecánica que había adquirido en la fábrica de aviones eran de poca utilidad en las líneas de montaje de Kaiser. Cuando lo transfirieron a una línea en el departamento de pintura, una tarea para la que tenía poca experiencia y en la que se sentía fuera de lugar, su frustración aumentó. También se dio cuenta rápidamente de que los salarios más altos tenían un precio y que estaba trabajando "tres veces más" que en la fábrica de aviones, donde los ritmos de producción y la marcha del trabajo eran relativamente lentos comparados con los que encontró en IKA-Renault.

Juan Baca también se había sentido tentado por los salarios más altos y lo que se reputaba como mejores condiciones laborales en el complejo IKA, donde los trabajadores disfrutaban de la protección de un "verdadero sindicato", que representaba sus intereses antes que los de la empresa. Desde 1959 a 1966 había trabajado en el complejo Fiat, pero en 1967 pudo entrar a la planta de Kaiser en Perdriel como operario calificado de herramientas y matrices. En general se sentía complacido con el nuevo empleo aunque, para su sorpresa, lo intranquilizó el gran número de activistas sindicales con los que se encontró en la planta, de muchos de los cuales sospechaba que eran izquierdistas más que peronistas, el grupo con el que se identificaba orgullosamente. En mayo de 1969 Juan Baca hacía horas extras en casi todas las oportunidades que se le presentaban. Las numerosas huelgas de los dos últimos años y la pérdida resul-

con un trabajo de tiempo parcial en la empresa telefónica local y estudiando para el examen de ingreso del año siguiente. En 1968 logró aprobarlo y entró a la Facultad de Arquitectura, pero conservó su empleo de tiempo parcial en la compañía telefónica; las frustraciones y la ira por el año perdido empozoñarían durante mucho tiempo su vida como una inquina personal contra un gobierno al que consideraba elitista e ilegítimo.

Erio Vaudagna, un cura párroco de la barriada obrera de Los Plátanos y una de las figuras más importantes del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo local, notó cambios significativos en su barrio hacia 1969. La población de éste se componía casi enteramente de trabajadores empleados en las industrias mecánicas. Él estimaba que más de la mitad trabajaba en el complejo IAME, otra parte considerable en las plantas de IKA-Renault y una pequeña cantidad en las más distantes fábricas de Fiat. A pesar del carácter obrero de la barriada, en ella las barreras tradicionales entre estudiantes y trabajadores habían sido rotas parcialmente. Los estudiantes habían comenzado a actuar como voluntarios en las actividades parroquiales, viajando desde sus propios barrios a Los Plátanos para participar en sus programas de servicios comunitarios así como para organizar debates, conferencias y discusiones políticas en la iglesia. Al principio, los trabajadores los recibieron con más recelo que gratitud, pero su presencia había pasado a ser parte de la vida parroquial.

Las vidas muy diferentes de Pablo, Juan Baca, Alberto, Eduardo y el padre Vaudagna encontraron un vínculo excepcional en su participación en el levantamiento del 29 y 30 de mayo de 1969, que más adelante se conocería como el Cordobazo. Todos, cada uno por sus propias razones, se unirían a la revuelta y experimentarían grados diversos de identificación con la furiosa naturaleza de la protesta de aquellos días, lo mismo que otros miles de habitantes de la ciudad, cada uno con su propia historia personal. La complejidad del Cordobazo y su carácter de acontecimiento distintivamente cordobés quedaron revelados en esa diversidad. El levantamiento también representaría un punto de inflexión en las vidas de todos ellos, a causa de los profundos efectos que tendría sobre el país.

El Cordobazo se erige como uno de los acontecimientos y divisuras de aguas históricas genuinamente seminales de la Argentina del siglo XX. Su efecto político inmediato fue desacreditar a la dictadura de Onganía y debilitar los fundamentos de lo que otrora parecía el más fuerte de todos los regímenes posperonistas. Tanto dentro como fuera del gobierno, desencadenó fuerzas que obligarían a Onganía a renunciar menos de un año después, desmantelando el programa económico gubernamental y algunas de sus pretensiones

autoritarias y abriendo camino a la restauración del régimen democrático en 1973.

No obstante, más que el de precipitante de una nueva crisis política y otro cambio de régimen, el legado más significativo del Cordobazo fue el de un símbolo. El efecto del levantamiento sobre la clase obrera local y la izquierda argentina fue nada menos que revolucionario. Rápidamente mitologizado por ambas, se convirtió en la piedra de toque, el hito mediante el cual la izquierda peronista y las organizaciones y los partidos marxistas, así como determinados sectores del movimiento obrero, evaluaron todas las movilizaciones obreras ulteriores en la ciudad. Finalmente, alentó a todos aquellos que, tanto dentro como fuera del movimiento obrero, estaban descontentos con el peronismo y el sindicalismo peronista a elaborar un proyecto político alternativo, el clasismo, para la clase obrera argentina. La promesa incumplida del Cordobazo y el notable alcance que el levantamiento tuvo en las mentes de los trabajadores y los miembros de los grupos izquierdistas, particularmente los de Córdoba, influyeron en los acontecimientos posteriores durante varios años. En cierta medida, toda la furiosa agitación laboral de los seis años siguientes se produjo a la sombra del Cordobazo. Algunos sindicatos trataron conscientemente de recrear la experiencia, y otros la usaron como un ejemplo edificante del poder latente de la clase obrera, pero de una u otra manera todos lo tomaron como guía.

Desafortunadamente, la gran significación del suceso no ha sido igualada por la precisión de sus descripciones, ni por la eficacia o la plenitud de las explicaciones propuestas por quienes lo analizaron. Con frecuencia, las investigaciones sobre el Cordobazo han sido malogradas por interpretaciones excesivamente esquemáticas, silogísticas y sociológicas en su mayor parte, que prestaron una atención insuficiente a la complejidad histórica del levantamiento. En general, tales explicaciones lo presentaron como una especie de metáfora de las contradicciones del desarrollo capitalista de la Argentina de posguerra. Los efectos destructivos de la industrialización súbita, de capital intensivo y tecnológicamente sofisticada, tal como la promovieron las actividades de las firmas automotrices extranjeras, se proponen a menudo como una explicación cabal del levantamiento. Esas interpretaciones se extendieron en la gran sensación de privación y pérdida de privilegios experimentada por el muy bien pagado proletariado automotor, cuyas aspiraciones de movilidad se vieron crudamente frustradas por la declinación de la industria automotriz cordobesa, y en los problemas exacerbados por un régimen político que dejó a los sectores dinámicos de la economía las manos libres para que atacaran sus costos laborales. Dada la ausencia de alternativas electorales, la clase obrera cordobesa,

liderada por los trabajadores del automóvil, fue supuestamente empujada a lo que, efectiva si bien inconscientemente, eran posiciones revolucionarias. Se vio así el Cordobazo como una especie de asalto obrero al poder estatal, si bien frustrado y rudimentario. En síntesis, se describió a la protesta como encabezada por los sectores más privilegiados de la clase obrera, en una ciudad donde la conciencia de clase se había desvuelto más precozmente debido a su desarrollo económico excéntrico.¹

Las insatisfactorias interpretaciones del Cordobazo han sido el resultado de dos enfoques: una aplicación inadecuada de teorías sobre la aristocracia obrera, que equipara de manera simplista los salarios más altos del proletariado automotor con un status privilegiado y por lo tanto con una sensibilidad inusual al deterioro de la economía local; y, a la inversa, la atribución de un status de "vanguardia" a los trabajadores, y con ello una mayor inclinación a emprender una crítica sistemática de las relaciones capitalistas de producción en virtud de su empleo en una empresa industrial moderna y multinacional. A menudo ha habido también lisa y llanamente inexactitudes en lo que respecta a los hechos mismos del levantamiento. Los estudios existentes sobre el Cordobazo han omitido reconocer de manera adecuada la diversidad de la clase obrera que participó en él, y también subestimaron la complejidad social del acontecimiento: la importancia de la intervención de otras clases y grupos que fue exclusiva de Córdoba y que carecían de los objetivos específicos de los sindicatos. La destrucción y la pérdida de vidas causadas por la protesta, por ejemplo, no pueden explicarse simplemente por la ira de la clase obrera. La violencia que rodeó al suceso fue sin duda mayor que la profundidad del descontento obrero, y los centros de destrucción y resistencia, los barrios Clínicas y Alberdi, eran vecindades estudiantiles y no cotos obreros. Después que el ejército entró en la ciudad al anochecer del 29 de mayo, los trabajadores, tal vez asustados por lo que habían desencadenado, se retiraron en su mayoría de la protesta, mientras los estudiantes y los francotiradores, estos últimos nunca identificados pero probablemente integrantes de la izquierda clandestina de Córdoba, resistían el avance del ejército. El Cordobazo fue una protesta popular con un carácter predominantemente obrero, pero también contenía elementos de una rebelión popular y una insurrección urbana independientes del control de los trabajadores.

Obviamente, el Cordobazo se produjo en un ámbito económico y social único. El tardío y repentino desarrollo industrial de Córdoba había creado una clase y un movimiento obrero locales que eran más independientes, democráticos y combativos que en cualquier otra parte del país, y que tenían algunas características muy parti-

culares. No obstante, en sí mismo el desarrollo de la ciudad encabezado por la industria automotriz ofrece una explicación insatisfactoria del levantamiento. El Cordobazo fue un hecho complejo en el cual amplios sectores de la clase obrera, así como de otras, participaron bajo el peso de influencias culturales, intelectuales y políticas que, en conjunto, eran probablemente más poderosas que los problemas inmediatos de la industria automotriz o la economía local. Los orígenes inmediatos del Cordobazo se encuentran en la política obrera local. Los sindicatos que tomaron parte en él estaban influidos por diversos factores, y la protesta se explica mejor no como un resultado de la singularidad socioeconómica de Córdoba sino de las condiciones existentes en determinados sindicatos.

La ciudad era ciertamente un terreno propicio para una explosión popular con intensa participación obrera, pero las razones de ello son complicadas e incluyen no sólo los problemas de la economía local y el carácter de su clase obrera sino también influencias políticas y culturales generales que afectaban a los trabajadores lo mismo que a muchos otros cordobeses. La participación obrera en el levantamiento fue así el producto de una historia particular, con todas las intrincaciones y matices que implica cualquier historia. Más importante: fue el resultado de las frustraciones e inquietas acumuladas en todas las clases de la ciudad a lo largo de casi tres años de gobierno autoritario. Esa frustración encajó con la tradición de resistencia y militancia de los trabajadores locales y con las estrategias específicas que los sindicatos cordobeses habían elaborado para enfrentarse a la dictadura.

En primer lugar es importante reconocer la influencia que tuvieron las movilizaciones de la CGTA para hacer posible el Cordobazo. El fracaso de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos en cumplir su temprana promesa y proponer una alternativa sería al conservador y cada vez más ineficaz sindicalismo de negocios practicado por Augusto Vandor y la Confederación General del Trabajo no implicó que el movimiento obrero retornara súbitamente al statu quo. Con la bendición de Perón, Vandor pudo recuperar el control de gran parte del movimiento sindical, pero quedaron bolsones de resistencia, especialmente en las provincias. En Tucumán y Rosario, los ongaristas eran todavía una fuerza poderosa y obstaculizaron los intentos de integrar sus movimientos a la CGT de Vandor. En Córdoba, los partidarios de la CGTA aún dominaban el movimiento gremial local. A decir verdad, a pesar de las negociaciones de Alejo Simó con Vandor y de los ruidos sordos provenientes de otros sindicatos peronistas de la CGTA, la alianza obrera to-

davía estaba intacta en la ciudad. La razón misma que había llevado a los sindicatos peronistas a la CGTA, la ineptitud o falta de disposición de la corriente principal del movimiento obrero peronista para proteger los intereses sindicales locales, seguía siendo el factor decisivo que mantenía unida a la alianza. Una coincidencia de intereses y un consenso sobre las tácticas entre estos sindicatos impedían que Vandor quebrara a Córdoba y hacían posible la militancia.

La vitalidad ininterrumpida de la alianza de la CGTA de Córdoba se topó con la necesidad inmediata de resolver nuevos problemas que afectaban a ciertos sectores de la clase obrera cordobesa. Las políticas económicas de Onganía afectaban adversamente los intereses obreros en general, pero algunas industrias locales estaban experimentando lo que podría describirse justificadamente como una crisis. Las industrias automotriz y metalúrgica atravesaban los peores años de su historia; las compañías intentaban aprovechar la situación de debilidad del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor y la constante posición de indefensión de los trabajadores de Fiat para disminuir los costos laborales mediante la reducción de la semana de trabajo y las suspensiones temporarias de la producción. Ante los trabajadores de los talleres de partes y componentes pequeños de la ciudad se levantó la perspectiva de una pérdida permanente de los medios de vida, dado que a principios de 1969 los siempre frágiles empresarios metalúrgicos atravesaron una serie de quiebras. Los propietarios de los talleres y las pequeñas fábricas autopartistas que constituían la industria local eran inflexibles a todas las demandas sindicales, incluyendo las referidas a la controversia de las *quitas zonales*, una cuestión que se erigió en uno de los mayores reclamos de la Unión Obrera Metalúrgica y alentó su constante colaboración con los sindicatos de la CGTA.

La negativa de la patronal a eliminar las *quitas zonales*, la tasa salarial diferencial usada sólo en su industria que otorgaba menores sueldos a los trabajadores metalúrgicos del interior, obligó a Simó a pronunciarse. Era poco lo que la UOM podía hacer para resistirse a las quiebras e incluso a las suspensiones de la producción, pero la credibilidad en la conducción del sindicato descansaba en sus esfuerzos para resolver exitosamente la cuestión de las *quitas zonales*. La controversia sobre éstas, una práctica muy mal tomada por los trabajadores de la UOM cordobesa a causa del tratamiento privilegiado que otorgaba a sus pares *porteños*, en realidad había comenzado en 1966. En el convenio colectivo nacional alcanzado varios meses después del golpe de Onganía, la patronal había acordado a regañadientes iniciar su eliminación gradual, un compromiso que en última instancia los empresarios cordobeses no cumplieron. Para Simó y la UOM local, el problema amenazaba su

liderazgo, dado que en otras provincias los empresarios eliminaron unilateralmente la práctica mientras sus jefes se quedaban inmóviles. En marzo de 1969, como una concesión a Vandor para ayudarlo en su intento de recuperar la discola UOM cordobesa, el Ministerio de Trabajo eliminó las *quitas zonales*. Una vez más, los empresarios cordobeses ignoraron alegremente la orden del ministerio.² La renuencia de Vandor a impulsar la cuestión en nombre de Córdoba empujó a Simó a reanudar una estrecha relación operativa con los sindicatos de la CGTA en el mes del Cordobazo.

Los problemas de la UOM con las *quitas zonales* se convirtieron en uno de los puntos de reagrupamiento del movimiento obrero cordobés en las semanas que culminaron en el Cordobazo. Los trabajadores del SMATA también contribuyeron con un reclamo a las frustraciones en ascenso de la clase obrera local. Incapaz de reducir sus costos laborales a través de despidos, que habrían sido una forma segura de provocar una respuesta sindical inmediata, IKA-Renault se levantó como el principal partidario provincial de la revocación de la ley del "sábado inglés", una concesión especial que en varias provincias otorgaba a los trabajadores de determinadas industrias un jornal entero a cambio de que trabajaran medio día los sábados. Como la ley nunca había sido aprobada en Buenos Aires, IKA-Renault podía apuntar a ella como otro factor responsable de la incapacidad de la empresa para competir con las nuevas firmas instaladas allí, y argumentar de manera convincente en favor de su derogación. La ley era especialmente apreciada por los trabajadores automotores de Córdoba, que estaban sometidos a condiciones laborales más penosas que la mayoría de la clase obrera cordobesa, y la preocupación del sindicato por una posible anulación era grande.

A fines de marzo, representantes de la Unión Industrial Argentina presentaron a Adalbert Krieger Vasena un documento solicitando la abolición de la ley en las provincias donde el *sábado inglés* aún estaba en vigor: Córdoba, Mendoza, San Luis, Santiago del Estero y Tucumán. El 12 de mayo, el gobierno la derogó. El SMATA se preparó inmediatamente para resistir, y Elpidio Torres convocó a una asamblea general para el 14 de mayo en el Córdoba Sport Club. La asamblea de ese día, disuelta violentamente por la policía, terminó con Torres en el papel de agitador y conductor de columnas de trabajadores del SMATA hacia la ciudad, cuyas áreas céntricas éstos controlaron durante algunas horas.³

El enfrentamiento con la policía marcó el fin de la frialdad de Torres para con los otros sindicatos de la ciudad. Las presiones a las que había estado sometido su liderazgo durante los tres años precedentes habían llegado a su clímax con el problema del *sábado*

inglés. Mizaël Bizzotto, un trabajador de la fábrica de IKA-Renault en Perdriel, recordaba que la ira en la planta aumentó palpablemente después de la concentración del 14 de mayo y que incluso los baños de la fábrica se convirtieron en lugares de discusión política, donde la indignación y la resolución de responder a las provocaciones del gobierno eran los sentimientos que prevalecían de manera abrumadora. Torres, siempre sensible a los cambiantes humores de su sindicato, comenzó a buscar a Simó, y luego a Agustín Tosco, para coordinar una demostración en contra del gobierno. El resultado fue un grupo de sindicatos listos para una gran protesta, no a causa de presuntas contradicciones inexorables de la industrialización cordobesa basada en el automóvil, sino por una confluencia de factores, con una gran influencia de las vicisitudes de la política obrera nacional y provincial, que afectaban a amplios sectores de la clase obrera local y planteaban ciertas posibilidades de cooperación entre sindicatos de diferentes lealtades políticas.

Las movilizaciones del movimiento obrero cordobés fueron temporáneas de un repunte del activismo estudiantil, gran parte del cual respondía a la revitalizada izquierda cordobesa. Los casi 30.000 estudiantes universitarios de la ciudad habían reaparecido como fuerza política con su colaboración en las campañas sindicales de la CGTA, y hacia comienzos de 1969 las facultades de la calle Obispo Trejo y de la cercana Ciudad Universitaria eran los centros extraoficiales de la oposición local al régimen. Isabel Rins, estudiante universitaria en 1969, escuchaba con interés los infaltables debates políticos de sobremesa en el gran salón comedor universitario donde cada noche comían más de 5.000 estudiantes. Para ella, y para muchos otros, esos debates constituían su iniciación política y el comienzo de un interés personal en la política. Para una minoría, señalaron el comienzo de una vida como activistas de izquierda; algunos incluso se convirtieron en guerrilleros. Para casi todos los estudiantes, muchos de los cuales provenían de pequeñas ciudades y chacras conservadoras de la provincia, se trataba de una experiencia que los alentaba a cuestionar los prejuicios e ideas preconcebidas que habían llevado con ellos a la universidad —en el caso de Isabel Rins, a rechazar finalmente el antiperonismo casi tribal cultivado en su hogar radical de Río Cuarto—. En las peñas estudiantiles (reuniones de música folclórica y discusión política), en sus clases y dormitorios, peruanos, bolivianos, paraguayos y estudiantes de otros países vecinos se mezclaban con los argentinos, con lo que se dio forma a una cultura estudiantil izquierdista exclusivamente cordobesa, nacida de una común identidad latinoamericana

y de la lectura y discusión generalizadas de los textos clásicos del pensamiento socialista.

Los estudiantes universitarios de Córdoba se habían opuesto a Onganía casi desde los primerísimos días de la dictadura. En los meses iniciales del régimen, la resistencia estudiantil a las purgas que Onganía realizaba en las facultades y a sus políticas universitarias en general había sido viva y fogosa. Su primer climax lo alcanzó en septiembre de 1966 cuando, en lo que vino a ser un ensayo general del Cordobazo, los estudiantes ocuparon el Barrio Clínicas, las veinte cuadras de pensiones estudiantiles y centro histórico de la vida política universitaria, como protesta contra el régimen. Onganía respondió con la clausura de la poderosa Federación Universitaria de Córdoba (FUC), la organización que coordinaba la política estudiantil, y todas las otras organizaciones políticas de los estudiantes. La resistencia de éstos pasó entonces a la clandestinidad, dividida entre la Coordinadora Estudiantil en Lucha, marxista, y el peronista Frente Estudiantil Nacional, una grieta que sólo se cerró cuando ambos encontraron una causa común en la campaña de la CGTA.⁴ En la clandestinidad, la política estudiantil se hizo cada vez más radicalizada y tanto los marxistas como la izquierda peronista ganaron adeptos. Gonzalo Fernández, estudiante universitario que regresó a Córdoba a fines de 1968 luego de dos años de estudios avanzados en los Estados Unidos, descubrió lo mucho que había cambiado la política estudiantil durante su ausencia. La simpatía por las soluciones revolucionarias había aumentado de manera palpable, y los grupos moderados como el Movimiento Universitario Reformista, que coordinó la resistencia contra Onganía en los primeros meses del régimen, habían sido casi completamente eclipsados por grupos más radicalizados. Muchos de sus amigos que antes habían militado en organizaciones estudiantiles católicas eran ahora peronistas de izquierda.

El movimiento estudiantil radicalizado de Córdoba era parte de un fenómeno internacional e indudablemente sufrió la influencia de cierto mimetismo cultural, en especial de la política estudiantil francesa. Lo mismo que entre sus pares de los Estados Unidos y Europa, en el activismo de los estudiantes universitarios cordobeses había un elemento de diletantismo político.

Para muchos, la militancia política se limitaba a los cuatro o cinco años necesarios para conseguir el título universitario, y la participación en una u otra de las organizaciones estudiantiles era casi un rito de pasaje obligatorio para la respetabilidad de clase media. Pero en Córdoba había también elementos que dieron a la rebelión generacional una significación histórica rara vez vista en otros ejemplos de activismo estudiantil. Uno de tales ele-

mentos era el peso social que la universidad tenía en la vida cordobesa. Tradicionalmente, las organizaciones estudiantiles habían sido aceptadas como interlocutores políticos legítimos por las autoridades locales, y la política universitaria nunca se había limitado exclusivamente a asuntos educacionales, como por primera vez lo demostró elocuentemente la Reforma Universitaria de 1918. Así, había llegado a crecer entre los estudiantes la expectativa de ejercer una influencia política que era inaudita en el resto del país, un hecho que sin duda hizo que su status subordinado bajo Onganía fuera más difícil de aceptar y que precipitó su desafección y finalmente su oposición al régimen. A pesar de la intervención de Onganía, que obligó a los estudiantes universitarios a actuar clandestinamente, sus organizaciones, de manera reveladora, conservaron una integridad y una efectividad institucionales sin paralelo en los partidos políticos locales, que estaban proscriptos y en desorden, y a las que sólo superaban los sindicatos.

Desde la Reforma Universitaria de 1918, la universidad estatal cordobesa también se había convertido en una institución justificadamente igualitaria y en el único mecanismo significativo de movilidad social en la provincia. Si bien el cuerpo estudiantil era preponderantemente de clase media, en ésta había importantes gradaciones, y un estudiante universitario podía ser desde el hijo de un comerciante próspero hasta la hija de un maestro rural pobre. Por otra parte, en una época en que en la Argentina aún era posible para un obrero industrial mantener a un hijo o una hija que desearan estudiar en la universidad, un pequeño número de estudiantes eran de origen obrero, un hecho que tal vez ayude a explicar la simpatía de muchos de ellos por las luchas de los trabajadores durante esos años.⁵

Otro factor que daba un mayor significado al activismo estudiantil era el papel que desempeñaba la Iglesia Católica en el estímulo de la militancia y el diseño de los estudiantes. Luego de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, en 1968, y la reunión del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo en Córdoba, en la Iglesia argentina creció la simpatía hacia el clero activista. Los teólogos de la liberación, si bien aún minoritarios, cobraron notoriedad y centraron su actividad en Córdoba. Como la universidad, la Iglesia seguía siendo una fuerza poderosa en la ciudad y en la sociedad tradicional cordobesa. Aunque nacionalmente carecía del respaldo de un partido demócrata cristiano poderoso y por lo tanto su influencia política estaba circunscripta, la Iglesia conservaba poder como institución crítica y legitimadora. Después del derrocamiento de Perón, los principales partidos políticos, incluyendo al Comunista, se habían afanado por cultivar relaciones amistosas con ella, y

en Córdoba el anticlericalismo estaba confinado exclusivamente a los activistas marxistas y peronistas más agueridos del movimiento obrero. Por ejemplo, durante el áspero conflicto de la Iglesia con el gobierno de Illia en referencia a los planes que proponían terminar con ciertas exenciones de impuestos para los colegios privados católicos y eliminar algunas anacrónicas dispensas legales (fueros), los políticos locales habían guardado silencio, y Tosco y otros dirigentes sindicales aparecieron como los únicos críticos públicos de la campaña de oposición de la Iglesia.⁶

La influencia política de ésta fue reafirmada, si bien de una forma muy diferente, por la aparición de los teólogos de la liberación. Encabezados en especial por Milán Viscovich, los teólogos de la liberación locales intentaban reformular la doctrina de la Iglesia convirtiéndola en lo que los simpatizantes católicos del lugar comenzarían a llamar "*socialismo cristiano*". Incapaces de participar abiertamente en política, los estudiantes pudieron encontrar un foro para la discusión y el debate políticos en los grupos de estudio católicos que brotaron como hongos en diversas facultades después de 1966. En Córdoba existía también otro movimiento, el Movimiento de Reivindicación por los Derechos del Pueblo, dirigido por dos sacerdotes parroquiales, Gustavo Ortiz y Elio Vaudagna —el mismo cura pároco de la iglesia del barrio Los Plátanos donde habían comenzado a activar los estudiantes—. El movimiento de Ortiz y Vaudagna adhería a la teología de la liberación, y era un inspirado intento de canalizar las simpatías políticas estudiantiles de izquierda en organizaciones auspiciadas por la Iglesia, especialmente a nivel barrial. La significación de una Iglesia activista radicó, en general, en que sostuvo a los estudiantes en un momento de represión social y también en que infundió en muchos de ellos ideas políticas que equiparaban el cristianismo con el socialismo. La distancia entre ser católico comprometido y socialista revolucionario se hizo más corta.

Lo que contribuyó más inmediatamente a la trascendencia política de los estudiantes fue, sin embargo, el hecho de que su número y su poder latente hicieron posible la alianza obrero-estudiantil que llegaría a su apogeo en el Cordobazo. Desde el estancamiento del progreso de la CGTA, Tosco, en particular, había procurado el apoyo estudiantil. El secretario general de Luz y Fuerza aparecía regularmente como orador en las reuniones de estudiantes y había moderado su franco anticlericalismo de antaño, elogiando a las nuevas corrientes de la Iglesia y tranquilizando con ello a los numerosos estudiantes católicos de Córdoba, que aún sospechaban de las reputadas simpatías marxistas del líder obrero. Bajo la influencia de Tosco, los trabajadores de Luz y Fuerza convocaron a huelgas de solidaridad en los peores momentos de la represión de Onganía

contra el movimiento estudiantil, y permitieron generosamente que su edificio sindical fuera utilizado por los estudiantes con cualquier fin, desde cursos de preparación del examen de ingreso hasta reuniones políticas clandestinas.⁷ Tosco esperaba soldar una alianza con un grupo que, según suponía justificadamente, sería un aliado natural en cualquier enfrentamiento futuro con el gobierno. Su larga asociación con el movimiento estudiantil se debió en parte, sin duda, a la atracción personal que sentía por un ambiente en el cual su inteligencia y su erudición, si bien altamente personal y no académica, eran recibidas con interés y respeto. Mayormente, sin embargo, se trataba de una decisión calculada y estratégica. Tosco era plenamente consciente de que los estudiantes eran un factor de considerable poder en la ciudad y por lo tanto dignos de su atención.

Trabajadores y estudiantes también encontraron una causa común en su oposición al gobierno provincial de Córdoba. El gobernador designado por Onganía, Carlos Caballero, procuraba sofrenar al indócil movimiento obrero de la ciudad mediante un esquema vagamente corporativo para permitir que representantes del trabajo se sentaran, junto con los de las empresas, la Iglesia y los militares, en un *consejo asesor* meramente ceremonial, un soborno que, con bastante ingenuidad, Caballero creía calmaría los ánimos de la clase obrera. Tuvo exactamente el efecto opuesto. Aunque era una cuestión que preocupaba principalmente a los dirigentes obreros políticamente más sofisticados, como Tosco, todos los grandes sindicatos de la ciudad desdenaron públicamente la oferta del gobernador.

De las filas de la clase obrera surgieron acusaciones contra las tácticas intimidatorias usadas por el gobierno provincial: *brigadas fantasma*s que incluían policías fuera de servicio y matones locales y operaban con la bendición oficial para acobardar a los sindicatos y obligarlos a cooperar con el gobierno.⁸ Caballero agravó la desafección obrera y estudiantil al encolerizar a los habitantes de clase media de la ciudad cuando a comienzos de 1969 incrementó los impuestos a la propiedad, enajenándose aún más a un gran segmento de la población ya descontenta con la suspensión de las libertades cívicas y la pérdida de toda participación política bajo el régimen autoritario de Onganía. El carácter popular del Cordobazo, el respaldo que obtuvo de diversas clases y grupos, debió mucho al torpe manejo que del gobierno provincial hizo Caballero en un momento particularmente sensible.

El Cordobazo del 29 y 30 de mayo de 1969 llevó a su climax una campaña de una semana de duración de oposición a Onganía por parte de los trabajadores y estudiantes de la ciudad. Durante ese

mismo mes, muchos de los principales sindicatos de Córdoba enfrentaron, de manera coincidente, graves problemas en sus respectivas industrias. Además de los problemas que seguían sufriendo los trabajadores de IKA-Renault y la UOM, los de otras industrias eran sujetos por sus empleadores a nuevas presiones. Atilio López y la Unión Tranviarios Automotor reaparecieron luego de un distanciamiento de casi siete años de la política sindical local para organizar una serie de huelgas de protesta contra una propuesta de reorganización del sistema de transporte urbano que habría perturbado gravemente los planes de jubilación y las categorías.⁹ En las semanas que culminaron en el Cordobazo, los choferes, amargados por el fracaso de las cooperativas obreras que se habían establecido en algunas líneas luego de la privatización de la empresa municipal de ómnibus en 1962 e inquietos con la perspectiva de la inminente reestructuración del sistema de transporte público de la ciudad, se confrontaron entre los miembros más activos de la clase obrera cordobesa. Luz y Fuerza, un sindicato normalmente inmune a conflictos tan ásperos con la patronal, tenía sus propios motivos para llevar su militancia un paso más adelante. Un nuevo plan gubernamental para la racionalización de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba y la privatización parcial de la energía eléctrica en la provincia eran considerados como el primer paso hacia la disolución de la empresa pública y finalmente la privatización completa de la industria.¹⁰

Ese mayo fue también un mes excepcionalmente tenso para los estudiantes, en la medida en que el gobierno redobló sus esfuerzos para sofocar cualquier signo de actividad política en las universidades del país. El 15 de mayo, una huelga estudiantil de la Universidad del Nordeste en Corrientes fue violentamente reprimida por el ejército, con el saldo de un estudiante muerto y varios heridos. Los acontecimientos de Corrientes fueron la chispa de una protesta estudiantil nacional en la cual quienes aún eran leales a la CGTA y los estudiantes marcharon del brazo por ciudades tales como La Plata, Rosario y Tucumán. Como era de prever, la mayor de las protestas fue la de Córdoba. Allí, las manifestaciones estudiantiles fueron las de base más amplia, incluyendo la participación de los Sacerdotes del Tercer Mundo, los independientes de Tosco y una serie de sindicatos peronistas. Después de enfrentamientos separados con la policía, que culminaron con la erección por parte de los estudiantes de barricadas en las calles del Barrio Clínicas el 23 de mayo, las relaciones amistosas entre los movimientos obrero y estudiantil se convirtieron en una virtual alianza, y la sede central de la CGT en Vélez Sarsfield sirvió como lugar de reunión tanto para los sindicatos como para las organizaciones políticas estudiantiles. El 25 de mayo Tosco pronunció en la universidad un discurso que cimentó

públicamente la alianza entre obreros y estudiantes y preparó a unos y otros para los sucesos del Cordobazo.¹¹

Entre tanto, dentro del movimiento obrero se profundizaba el espíritu ecuménico de las últimas semanas y aumentaban las oportunidades para la cooperación entre sindicatos. Hasta Torres superó su tradicional aversión a los enredos comprometedores y trabajó en estrecha unión con otros dirigentes como Tosco y Simó. Las presiones de las provincias, especialmente de la CGT cordobesa, habían impulsado tanto a la CGTA nacional como a la renuente CGT de Vando a coordinar un paro general de 24 horas para el 30 de mayo. En Córdoba, los sindicatos negociaron para iniciarlo el 29 y extender la protesta local a 48 horas. Fernando Solís, un empleado administrativo de la forja de IKA-Renault, fue uno de los muchos trabajadores de esa empresa que expresaron su respaldo a un *paro activo*, con abandono de las tareas y marcha por el centro de la ciudad, en vez del *paro dominguero* o *matero* propugnado por Vando y la CGT *vandorista*. Los líderes sindicales compartían ese sentimiento y, decidido el paro de 48 horas, se reunieron el 28 de mayo en la sede central de Luz y Fuerza, junto con los dirigentes de las principales organizaciones estudiantiles, a fin de coordinar la protesta. Como un gesto de apoyo a la demostración más ambiciosa de Córdoba, la CGTA envió a Ongaro a la ciudad para participar en los acontecimientos.

Ongaro fue detenido a su llegada a Córdoba en la mañana del 27 de mayo. Su arresto probablemente facilitó la coordinación de la protesta y aumentó la cooperación entre los sindicatos, contribuyendo a hacer de aquélla un asunto estrictamente cordobés sin implicaciones partidistas. En la reunión del 28, Tosco, Torres, Miguel Ángel Correa, López, Alfredo Martini (principal lugarteniente de Simó en la UOM local) y varios representantes estudiantiles acordaron marchar al día siguiente en columnas separadas: una desde Santa Isabel, en la que se agruparían principalmente los trabajadores de SMATA que subirían por Vélez Sarsfield hasta la plaza, y la otra dirigida por los trabajadores de Luz y Fuerza desde las oficinas de la EPEC, que marcharía por la Avenida Colón (para un mapa de la ciudad, véase la Figura 1 en el Capítulo 1). Debían encontrarse alrededor del mediodía frente a la sede central de la CGT y organizar allí una concentración. A los cuatro principales sindicatos participantes en la protesta —Luz y Fuerza, el SMATA, la UOM y la UTA— se les asignaron sectores separados de la ciudad, donde cada uno debería coordinar la resistencia en caso de que la policía disolviera la manifestación. (Si bien la violenta represión policial y la conse-

ciente confusión impedirían la pulida ejecución de este plan, en las primeras horas del Cordobazo se harían intentos, en especial por parte de Luz y Fuerza, para establecer una resistencia ordenada en los distritos asignados.)¹²

En escritos y entrevistas posteriores, Tosco destacó los objetivos políticos premeditados de los sindicatos; insistió en que las interpretaciones que postulaban la naturaleza espontánea del Cordobazo eran erróneas y que los sindicatos y sus aliados estudiantiles tenían designios tácticos bien definidos y una finalidad política detrás de la protesta.¹³ En rigor de verdad, en las primeras horas de ésta los sucesos se desarrollaron en gran parte como se había planeado. En la mañana del 29, bien temprano, Torres y sus colaboradores más íntimos del SMATA abandonaron la sede del centro y se dirigieron a las puertas de la fábrica de IKA-Renault. Torres llegó justo en el momento en que el turno nocturno se iba del complejo; el turno matutino ya estaba trabajando en las plantas. Durante la siguiente hora y media, de departamento en departamento corrió la voz de un abandono inminente de las fábricas. Francisco Cuevas trabajaba en un taller de maquinaria y era uno de los muchos trabajadores que veían a Torres como un hacedor de arreglos, un "bucócrata" que negociaba con la empresa a puertas cerradas, "bajo cuerda". No obstante, dejó sus tareas junto con prácticamente todos los miembros de su departamento para marchar detrás del líder del SMATA cuando su delegado dio la señal. De manera similar, Nino Chávez, que trabajaba en el departamento de pintura, vio a sus compañeros abandonar en masa los puestos de trabajo. A medida que se iban de las plantas, los trabajadores tomaban barras de metal, herramientas, rodamientos, pernos y cualquier otra cosa que hubiera a mano para defenderse a sí mismos. Fuera de las puertas de la fábrica, Torres pronunció un breve discurso. A eso de las once de la mañana, y seguido por cerca de 4.000 trabajadores del SMATA, entre ellos Pablo y Juan Baca, se encaminó a la sede central de la CGT en Vélez Sarsfield.

Oscar Álvarez, empleado administrativo de la EPEC, se reunía entre tanto con los trabajadores de Luz y Fuerza en las oficinas de su empresa, varias cuadras al norte de la zona céntrica. La columna que debían dirigir los trabajadores de ese sindicato estaba lista para marchar directamente a Vélez Sarsfield a través del área estudiantil del Barrio Clínicas. En las fábricas de Fiat, cuyos representantes sindicales controlados por la empresa no habían sido incluidos en la planificación de la huelga, corrió no obstante la voz de la manifestación en el centro, y unos pocos trabajadores abandonaron las plantas para marchar desde Ferreyra. Gregorio Flores se contaba entre quienes estaban dispuestos a arriesgar una suspen-

sión, y tal vez hasta el despido, para dejar sus puestos de trabajo y marchar por la ruta 9 hasta la ciudad. Los capataces militares de las fábricas de IAME, por su lado, impidieron allí cualquier abandono de la planta, y Manuel Cabrera, un trabajador de la fábrica de aviones, se vio obligado a esperar hasta el fin de su turno a las dos para marchar con el puñado de obreros de la empresa dispuestos a caminar 14,5 km hasta el centro, que por entonces era escenario de confusiones y tumultos.

Los trabajadores de otros sindicatos que habitualmente eran pasivos también se movilizaron. Graciela García, una estudiante universitaria, volvía a su casa cuando se sobresaltó a la vista de la columna de ferroviarios que marchaba hacia el centro; era la primera vez en años que veía a trabajadores de ese gremio participar en una protesta. Juan, metalúrgico, descubrió que el descontento de sus compañeros con Simó, la representación sindical de la UOM local y el repetido fracaso en resolver los problemas referidos a condiciones de trabajo y categorías en su fábrica autoperartista no les impedían ese día apoyar a su sindicato. Miguel Contreras y otros que trabajaban en un pequeño taller metalúrgico de la calle La Rioja que proveía de autopartes a IKA-Renault también estaban descontentos con su representación de la UOM y habían tratado sin éxito de afiliarse al SMATA. Pero a pesar de su oposición a Simó, también hicieron caso al llamado del sindicato a abandonar el trabajo y marchar hacia el centro. Algunos trabajadores de la UOM no lo hicieron. El propietario de un taller autoperartista del Barrio Mitre, que era proveedor de la fábrica Grandes Motores Diesel de Fiat, después del trabajo llevó en auto a sus casas a sus operarios afiliados a la UOM, y en su barrio cerca del complejo Fiat el día transcurrió en calma. Esos trabajadores, de quienes el empresario dijo que "no habían hecho ni un solo día de huelga" en su taller, eran no obstante la excepción, ya que incluso los afiliados a los sindicatos más inactivos adhirieron a la protesta.

Entre tanto, el principal contingente obrero continuaba su marcha desde Santa Isabel. La columna de IKA-Renault había crecido en varios miles de personas, al unirsele estudiantes y trabajadores de los barrios que atravesaba, así como columnas de la UOM y otros sindicatos. A medida que los manifestantes avanzaban hacia el centro de la ciudad, trabajadores del SMATA que se adelantaban a explorar la ruta en motocicleta llevaron a Torres la noticia de que una enorme concentración policial, montada y con perros, estaba esperándolos en la plaza para impedir el acceso a Vélez Sarsfield y la demostración en la CGT. Al llegar a la plaza, un trabajador, Aristides Albano, vio a estudiantes que soltaban montones de gatos vagabundos y arrojaban rodamientos en las calles, tácticas que les había

visto utilizar en manifestaciones anteriores para desviar la atención de los perros de la policía y asustar a los caballos. Cuando la policía lanzó las primeras granadas de gas lacrimógeno al acercarse las columnas a la plaza, en represalia se les arrojaron bombas caseras del mismo gas, de las que se decía habían sido fabricadas por estudiantes de Guimica.

Como resultado de la presencia policial, algunos trabajadores se desplegaron por las barridas adyacentes —Barrio Nueva Córdoba, área estudiantil al este, y Barrio Güemes, zona obrera al oeste—, donde los vecinos se apresuraron a dar a los manifestantes escobas, botellas y todo lo que pudieran usar como defensa. Algunos de los manifestantes, como Pablo, el descontento trabajador del departamento de pintura de IKA-Renault, creyendo que la protesta iba a ser otra insustancial demostración más, abandonaron la columna cuando ésta llegó al centro, dirigiéndose a sus casas. La mayoría, sin embargo, estaba dispuesta a contemplar su desenlace y siguió su marcha.

Cuando el grueso de la columna bajó por Vélez Sarsfield hacia el Boulevard San Juan, la policía se aterró y abrió fuego, matando a un trabajador, Máximo Mena, e hiriendo a muchos otros. Después del pánico inicial, por las filas de los miles de manifestantes que permanecían en Vélez Sarsfield se difundió una ola de indignación y resolución. A la vista de esos millares de trabajadores ahora encoilerizados y amenazantes que marchaban resueltamente hacia ella, al principio la policía vaciló y comenzó a retirarse, luego huyó en desbandada. Desde ese momento, la protesta perdió su organización y se transformó en una rebelión espontánea.

Minutos después del choque entre trabajadores y policía, aterrados comerciantes se apresuraron a dar por terminada la jornada, tapiando las vidrieras e interrumpiendo toda actividad comercial. Los trabajadores que habían atravesado los barrios adyacentes volvieron a unirse al resto de la columna y comenzaron a erigir barricadas y encender hogueras en Vélez Sarsfield y las calles de los alrededores. A los trabajadores del SMATA pronto se les unieron los residentes del centro, que habían observado el enfrentamiento desde sus ventanas y balcones y compartían ahora la expresión de indignación colectiva no sólo contra la acción policial sino también contra tres años de intimidación y régimen autoritario. El estudiante universitario Luis Muñio quedó sorprendido al ver a los residentes de clase media del centro aportar sus colchones, muebles y otras pertenencias para levantar las barricadas y encender hogueras. Innumerables gestos de esa solidaridad de todas las clases se verían durante todo el día en los barrios a lo largo y lo ancho de la ciudad.

Club y otros símbolos del privilegio aristocrático, los manifestantes cordobeses hicieron blanco en representantes del gobierno y el imperialismo. Pero el humor general en Córdoba era más eufórico que vengativo. Lidia Alfonsina, propietaria de una pensión estudiantil en el Barrio Clínicas, conocida popularmente entre los estudiantes como *la tucumana*, caminó hasta la Avenida Colón y la atmósfera le pareció festiva; la destrucción se hacía con más alegría que maldad. *La tucumana* no vio saqueos desenfrenados de negocios, y a decir verdad algunas de las características distintivas de la destrucción que rodeó al Cordobazo fueron la baja incidencia del pillaje y la preferencia por blancos con algún simbolismo político e ideológico. Si bien hubo ejemplos de saqueos y cierta violencia gratuita, el carácter de la destrucción tuvo un fin político más determinado que la violencia ejercida en los disturbios del 17 de octubre de 1945 o en el Bogotazo y otras protestas urbanas latinoamericanas del siglo XX.

Sin embargo, cuando la destrucción se difundió a otras partes de la ciudad, el ejército se preparó para intervenir. Se convocaron unidades del Tercer Cuerpo con base en Córdoba, que se encaminaron al límite occidental de la ciudad a eso de la una de la tarde. Osvaldo, un estudiante de Ingeniería que estaba haciendo el servicio militar en la época del Cordobazo, apenas sabía lo que estaba pasando en el centro, como otros conscriptos, pero al caer la tarde estaba armado y uniformado y recibía la orden de prepararse para marchar sobre la convulsionada ciudad. El comandante del cuerpo, general Sánchez Lahoz, emitió a lo largo de la tarde varios comunicados anunciando una inminente ocupación de la ciudad y exigiendo que los manifestantes abandonaran las barricadas y regresaran a sus hogares. Estos comunicados demostraban que los militares operaban de acuerdo con la falsa suposición de que el levantamiento respondía a un mando central. A pesar de los intensos esfuerzos de Tosco por restaurar la disciplina, esto era manifestamente imposible. El dirigente lucifercista, por ejemplo, no había estado involucrado en los incendios de la Avenida Colón ni se lo había consultado sobre la decisión de quemar el club de oficiales subalternos en su distrito, en las calles San Luis y La Cañada, una acción que habría desaprobado con especial énfasis, dado que no era útil a ninguna finalidad táctica inmediata y aseguraba una dura represión por parte de los militares.

En las últimas horas de la tarde hubo una calma pasajera. Exhaustos tras casi cinco horas de protesta, estudiantes y trabajadores descansaban en los bancos de las plazas y en las esquinas, charlando sobre los sucesos del día. Por esa hora, las filas de los manifestantes obreros empezaban a menguar. Si bien miles de ellos permanecieron en las calles a lo largo de la noche del 29, fueron más

Mientras tanto, unidades policiales habían impedido que la columna obrero-estudiantil de Tosco avanzara hacia la sede de la CGT, por lo que ésta intentaba llegar a Vélez Sarsfield por una calle paralela, La Cañada. Encabezada por los trabajadores de Luz y Fuerza, esta columna también incluía contingentes de sindicatos legalistas como la UTA y los estatales de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y había sido atacada por la policía con gas lacrimógeno junto a las oficinas de la EPEC, donde se habían congregado para la marcha. A la furia de los afiliados del SMATA se sumó la ira de estos trabajadores a medida que se abrían paso hacia Vélez Sarsfield. Al alcanzar allí a los trabajadores mecánicos, la columna de Tosco se confundió en la protesta general. Algunos permanecieron en Vélez Sarsfield mientras otros se dirigían a los barrios de los alrededores de las sedes centrales del SMATA y Luz y Fuerza para iniciar otro foco de resistencia. Por doquier, a medida que corría la voz sobre el ataque policial, la protesta se convertía en una rebelión que abarcaba toda la ciudad. Hacia la una de la tarde, se levantaban barricadas y hogueras en un área que cubría unas 150 cuadras, desde los barrios Alberdi y Clínicas al oeste hasta la Avenida Vélez Sarsfield al este, y desde las barriadas a orillas del río Primero en el norte hasta Nueva Córdoba y Güemes en el sur. En los barrios al este de Vélez Sarsfield, bandas errantes de trabajadores y estudiantes incendiaban autos y se movían a voluntad mientras la policía se retiraba hacia el *cabildo* y la Plaza San Martín, estremecida y confusa con respecto a las medidas a tomar a continuación.

Como las sedes centrales del SMATA y de Luz y Fuerza se encontraban dentro de la zona ocupada, Tosco y Torres, éste inicialmente, intentaron establecer cierto grado de organización y control sobre la protesta. Estudiantes y trabajadores se trasladaban en motocicletas de una a otra barricada, reuniendo información para coordinar la resistencia. Había mensajeros que iban y venían entre los dos edificios sindicales, y Tosco visitó las barricadas que consideraba estratégicas. No obstante, la protesta asumió un carácter espontáneo, respondiendo a los flujos y reflujos de la lucha en las calles y sin atender a ningún plan táctico más general. La dirigencia sindical trabajaba en gran medida en la oscuridad, apenas capaz de seguir el curso de los acontecimientos, y mucho menos de controlarlo. En las últimas horas de la tarde, la protesta se convirtió en destrucción. En la Avenida Colón, la principal calle comercial de la ciudad, los manifestantes habían incendiado las oficinas de Xerox Corporation, un concesionario Citroën y otros negocios. La destrucción de locales de empresas extranjeras como Xerox y Citroën no era accidental. Así como la clase obrera porteña había dado rienda suelta a su furia colectiva el 17 de octubre de 1945 contra el Jockey

los que, como el trabajador del SMATA Juan Baca, terminaron su protesta al anochecer. Muchos tenían familias que los esperaban en sus casas, y la sensación de haber llegado al fin de un día de trabajo era un freno más fuerte que cualquier interés en continuar lo que para muchos era una protesta ya consumada. Fue recién entonces, al emprender el regreso a sus barrios, cuando muchos trabajadores comenzaron a percibir, algunos con remordimiento y otros con aprensión, las consecuencias de sus actos. La destrucción desencadenada había sido la peor en toda la historia de los levantamientos cordobeses, y también en el plano nacional desde la *Semana Trágica* de 1919. Edificios humeantes y esqueletos carbonizados de autos, calles salpicadas con fragmentos de vidrios y barricadas y hogueras de uno a otro extremo de Córdoba daban la apariencia de una ciudad en guerra. El espectáculo era tan impactante que muchos de los organizadores obreros comenzaron a amilanarse, temiendo que la protesta hubiera llegado demasiado lejos. La dirigencia de la UOM se retiró a su sede central en la más segura zona este de la ciudad y dejó de participar por completo del levantamiento. Juan Carlos Toledo, un periodista que cubría los acontecimientos para un diario local, *Los Principios*, visitó la sede de la CGT donde habían buscado refugio Correa y otros líderes gremiales. Encontró allí trabajadores asustados y dirigentes aturridos, una visión que contrastaba con el desafío y la ira que había advertido en los rostros de los obreros de la columna del SMATA en la Plaza Vélez Sarsfield sólo unas pocas horas antes. Torres había estado en su sede sindical desde las primeras horas de la tarde y pasado de la euforia a la petulancia y de ésta al abatimiento. Desde el comienzo de los incendios en la Avenida Colón se había hundido en un sombrero malhumor y cortado temporalmente las comunicaciones con Tosco, apartándose durante un período de varias horas de la participación directa en el levantamiento.

Hacia el anochecer, la protesta comenzó a asumir un carácter diferente, a medida que la iniciativa pasaba de los trabajadores a los estudiantes. Los dos barrios estudiantiles, Clínicas y Alberdi, se convirtieron en los centros de la resistencia, si bien otros grupos y clases participaban allí, en especial obreros. Jorge Sanabria, estudiante universitario, se sorprendió al encontrarse en su barrio, Alberdi, no sólo con sus compañeros sino también con vecinos que eran amas de casa, trabajadores y comerciantes, ninguno de los cuales había adherido antes a las protestas estudiantiles. El padre Vaudagna también había llegado al centro de la ciudad con sus feligreses para unirse a la demostración. El Barrio Clínicas, en especial, atraía a manifestantes de toda la ciudad en un número que Tosco estimó posteriormente en 50.000 personas, y parecía inevita-

ble un enfrentamiento sangriento con el ejército. En esos momentos, los francotiradores habían tomado posiciones en los techos de los edificios del lugar y empezaban a llegar reservas de armas, de las que se rumoreaba eran la precipitada contribución de varias organizaciones izquierdistas clandestinas, a las que al principio la protesta había pescado desprevenidas.

El ejército marchaba al encuentro de esta tensa situación: las primeras tropas llegaron a los límites del Barrio Alberdi poco antes de las cinco. Hacia las seis, se habían trasladado a la zona de barricadas de la Avenida Colón, y contestaron al fuego de los francotiradores de los techos con disparos de ametalladoras. A pesar de la fuerte resistencia, las tropas avanzaban con firmeza, tomando las calles una a una. Los francotiradores, armados principalmente con pistolas de bajo calibre, rifles de caza y cócteles molotov, eran superados en potencia de fuego, y a medida que el ejército subía hacia el este por las paralelas Avenida Colón y Santa Rosa, algunos manifestantes buscaron refugio en las pensiones y casas particulares del barrio, mientras la mayoría abandonó decididamente la zona y se unió a los miles que ocupaban las barricadas y encendían hogueras en el Barrio Clínicas.

En otro extremo de la ciudad, Eduardo, el mismo estudiante de Arquitectura al que se le había negado la entrada a la universidad en 1966 como consecuencia del nuevo examen de ingreso de Onganía, estaba trabajando en su empleo de tiempo parcial en la empresa telefónica en el anochecer del 29 de mayo. Él y otros operadores observaban aprensivamente la manera en que el ejército coordinaba la represión del levantamiento entrando a la compañía de teléfonos e interviniendo las llamadas, reuniendo información a partir de las conversaciones de ciudadanos comunes que proporcionaban valiosos datos logísticos y ayudaban a determinar con precisión la localización de los francotiradores.

Como había bolsones de resistencia en otras zonas de la ciudad, se enviaron tropas a otros barrios además del Clínicas. En barrios como San Martín y Nueva Córdoba, estudiantes y vecinos consiguieron barricadas por su cuenta, y hubo intercambio de disparos entre los manifestantes y el ejército en varios puntos a lo largo de Córdoba. Pero se trataba de cuestiones menores, acciones de diversión de los más importantes acontecimientos que tenían lugar en el Barrio Clínicas.

Poco después de las once, comandos de Luz y Fuerza entraron en la planta eléctrica de Villa Revol y produjeron un apagón en la ciudad, exactamente como lo habían planeado la noche anterior. El apagón desorientó temporalmente a las tropas del ejército, permitiendo que los manifestantes recuperaran la iniciativa. Fernando

Solis, el obrero de IKA-Renault que había apoyado la idea de un paro activo y que permaneció en las calles todo el día, estaba al anochecer de vuelta en su barrio, Parque Chacabuco, escuchando la radio de onda corta de un amigo que se las había ingeniado para sintonizar las transmisiones del Tercer Cuerpo de Ejército. Solis comprendió entonces por primera vez la magnitud de la protesta, al escuchar al frenético operador de la radio prometer refuerzos de Buenos Aires y caracterizar la situación en la ciudad como crítica, al borde de tornarse "incontrolable". En los cuarteles policiales del centro, Héctor Matsuls, un estudiante que había sido detenido varias horas antes, observaba a los policías ponerse cada vez más encolerizados y ansiosos y dar rienda suelta a su frustración y humillación por ser incapaces de suprimir el levantamiento mediante palizas a los manifestantes capturados. En la pensión de la *tucumana*, en el Barrio Clínicas, las tropas del ejército entraron en busca de estudiantes, condición que por sí sola implicaba ahora culpabilidad e invitaba a las represalias. No obstante, por el momento la iniciativa había vuelto a manos de la resistencia. Durante las dos horas siguientes los manifestantes pudieron moverse con relativa libertad, provocando más incendios —incluyendo un intento fallido de quemar el Banco de la Nación— mientras el ejército quedaba paralizado y sin comunicaciones.

La energía se restableció a eso de la una de la mañana, y el ejército reanudó su asalto, haciendo docenas de detenciones a lo largo de la noche e infligiendo graves pérdidas a los francotiradores. El Barrio Alberdi y especialmente el Clínicas siguieron siendo los centros de la resistencia durante la noche, aunque los barrios al norte y al sur de la disputada zona céntrica se convirtieron en nuevas áreas de disturbios cuando el levantamiento se trasladó aparentemente a la periferia de la ciudad, donde la presencia militar era débil. Al amanecer, Córdoba era una ciudad ocupada. Si bien podían oírse disparos esporádicos por doquier y los francotiradores del Barrio Clínicas seguían ofreciendo resistencia, el ejército había apostado tropas en puntos estratégicos a lo largo y lo ancho de la ciudad y se movía en tanques pesados. Cuando la infantería se movilizó para el asalto final al Barrio Clínicas, centro estratégico de la rebelión, las marchas de protesta previamente planificadas para la huelga general de ese día atrajeron el apoyo de gran parte del pueblo y obstruyeron las calles céntricas, obligando a los jefes militares a posponer su ataque.

En las sedes del SMATA y Luz y Fuerza, los dirigentes sindicales, principales organizadores obreros del Cordobazo —algunos asombrados y otros consternados por lo que había generado su protesta—, planificaban el paso siguiente. Tosco y los trabajadores de Luz y

Fuerza que aún se encontraban en el centro de la ciudad estaban, en general, en favor de continuar la resistencia. Torres simplemente esperaba que ésta terminara, convencido de que había sellado su propio destino —la pérdida del sindicato, tal vez incluso una larga sentencia de prisión— y de que no tenía más posibilidades de éxito. Sin embargo, ni Tosco ni Torres se vieron obligados a tomar la decisión final de resistir o rendirse. Las tropas del ejército entraron en ambos edificios sindicales en las primeras horas de la mañana y detuvieron a todos los dirigentes presentes. Esposados, Tosco y Torres fueron conducidos a la comisaría central de la policía en la Plaza San Martín. Al día siguiente, mientras se lo trasladaba en un avión de la fuerza aérea a la penitenciaría federal de La Pampa, Torres se enteraría de que sus peores temores se habían cumplido: un tribunal militar lo había condenado apresuradamente a cuatro años y ocho meses de cárcel. Sobre Tosco había recaído una sentencia de ocho años y tres meses, y otros dirigentes de Luz y Fuerza, como Felipe Alberti y Tomás Di Toffino, también recibieron duras condenas de varios años.

Después de los arrestos de Tosco y Torres, lo que quedaba de la participación obrera en el Cordobazo disminuyó. La resistencia se limitaba ahora al Barrio Clínicas, pero incluso allí estaba muy debilitada. Alrededor de las seis de la tarde del 30 de mayo, el ejército lanzó su ofensiva final sobre el barrio y una hora después lo había ocupado completamente. Se informó de nuevos disturbios en las barriadas obreras del norte de la ciudad, en especial en General Bustos y Yofre, y en el Barrio Talleres los trabajadores ferroviarios incendiaron los talleres de reparación del Ferrocarril General Belgrano. Pero se trataba de protestas aisladas y desorganizadas, los últimos remezones del terremoto que había tenido su epicentro en el Barrio Clínicas. Los dirigentes sindicales que seguían en libertad, Simó y Correa de la CGTA y Miguel Godoy de la rival CGT vanderista, acordaron realizar una sesión de emergencia de las dos centrales para negociar la liberación de Tosco, Torres y los otros líderes obreros encarcelados, pero problemas logísticos impidieron su reunión y los militares rechazaron todas las averiguaciones de los sindicatos sobre la situación de los presos. Al anochecer del 30, el Cordobazo había terminado. Los dos días previos habían dejado una cifra oficial de doce muertos, pero la real era indudablemente mucho más alta —tal vez de sesenta—. Había también cientos de heridos, al menos noventa de ellos de gravedad, y más de un millar de personas habían sido detenidas. Gran parte de la ciudad estaba dañada, y en algunas zonas reinaba la destrucción.

El levantamiento había excedido en mucho las expectativas de los organizadores. Si bien Tosco era el único de todos los dirigen-

tes obreros que había imaginado algo más que una huelga general y una demostración pacífica en la sede central de la CGT, ni siquiera él previó la reacción policial o la masiva explosión popular desencadenada por ésta. Desde el momento en que fue asesinado Máximo Mena, el obrero de IKA-Renault, el Cordobazo no había seguido ningún plan. A decir verdad, algunos aspectos del levantamiento habían sido decididos de antemano. La decisión de provocar un apagón en la ciudad fue tomada por los trabajadores de Luz y Fuerza independientemente de los otros sindicatos, como un plan contingente en caso de que hubiera una dura represión de las fuerzas de seguridad. Luego de la retirada de la policía, la dispersión por los barrios y la erección de barricadas se produjo de acuerdo con las zonas asignadas a las diversas organizaciones sindicales y estudiantiles. No obstante, el carácter del Cordobazo fue más imprevisto que intencional. Las organizaciones obreras y estudiantiles que habían planeado la demostración del 29 de mayo no pudieron controlar los sucesos que se produjeron cuando gran parte de la población de la ciudad se volcó a las calles, algunos como espectadores intriguados u horrorizados, pero muchos como participantes activos en la protesta. El Cordobazo se había convertido en una rebelión popular, un repudio colectivo al régimen de Onganía como resultado de las múltiples frustraciones de la ciudadanía cordobesa, que se expresó en el comportamiento excepcional de individuos comunes y corrientes en otras circunstancias.

La naturaleza igualitaria de la protesta impresionó a casi todos los que participaron en ella. Rodolfo, cura párroco de Villa Siburu y miembro del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, había estado en París como seminarista durante los levantamientos estudiantiles de mayo de 1968 y sólo recientemente había regresado a Córdoba. Quedó sorprendido por el carácter más popular del Cordobazo, una protesta que parecía menos limitada a los estudiantes radicalizados que las que había contemplado en París, con actos más frecuentes y genuinos de solidaridad entre diferentes grupos y clases. Su propia parroquia obrera, Villa Siburu, estaba constituida por "trabajadores pobres" empleados en la construcción y otros que trabajaban como changarines o empleadas domésticas, y sólo una minoría que se desempeñaban en los grandes complejos automotores o en la EPEC. No obstante, esos trabajadores habían ido al centro de la ciudad para participar en la protesta. Los ejemplos del apoyo de la clase media —amas de casa que llevaban comida y bebida a los estudiantes y obreros de las barricadas y familias respetables y aparentemente apolíticas que ocultaron a los manifestantes del Barrio Clínicas durante los registros del ejército en el anochecer del 29— eran innumerables, y

emblemáticos de una protesta que momentáneamente había trascendido las diferencias de clase.

La clase obrera había sido el principal protagonista del levantamiento, pero los intentos de los sindicatos y en especial de Tosco por establecer algún tipo de disciplina y organización a lo largo del 29 habían fracasado ampliamente. Las detenciones de Tosco, Torres y los otros dirigentes sindicales en la mañana del 30 arruinaron toda posibilidad de preparar una resistencia obrera más coordinada y sellaron la suerte del levantamiento. Lo que había provocado el éxito inicial del Cordobazo —una explosión espontánea de furia popular que rápidamente trascendió su marco organizativo y era tan descentralizada que las tácticas policiales clásicas no podían suprimirla— se había convertido en una desventaja una vez que el ejército entró en escena. Para evitar la ocupación de la ciudad, los manifestantes habrían necesitado una coordinación organizativa y táctica y la aptitud y voluntad de resistir con armas propias, cosas de las que carecían. La tardía intervención de los francotiradores, que eran independientes de los trabajadores y que nunca entraron verdaderamente en contacto con ellos, había sido un pobre sustituto de la resistencia organizada de la clase obrera.

El carácter de la participación obrera en el Cordobazo se hace más claro cuando se dejan de lado las explicaciones sociológicas generales y las confusas teorías de la aristocracia laboral o la industrialización dependiente y se analizan los hechos desnudos. El mito más grande, que según se admite pertenece más al reino del folclore político que a la exégesis erudita, es que los así llamados sectores privilegiados de la clase obrera local, en especial los trabajadores del automóvil, dirigieron una huelga que tenía una intención deliberadamente subversiva, que los sindicatos de los sectores industriales modernos planificaron una especie de huelga general revolucionaria que culminaría en el equivalente argentino de la Comuna de París. El segundo mito, que en rigor de verdad tiene la pátina de la respetabilidad académica, es que los trabajadores de las industrias más dinámicas y de mayores salarios respondían sencillamente a su pérdida de status y a las penurias económicas impuestas por la dictadura de Onganía, que el Cordobazo fue el resultado social del tipo peculiar y frágil de desarrollo industrial experimentado por América Latina en el periodo de posguerra. El inconveniente que presentan ambas interpretaciones es que simplifican la naturaleza de la protesta, omitiendo reconocer el carácter masivo de la participación de la clase obrera cordobesa en ella al mismo tiempo que ignoran convenientemente

el hecho de que precisamente la mitad de los trabajadores de los sectores dinámicos sólo desempeñaron un papel mínimo en los acontecimientos del 29 y 30 de mayo. Los trabajadores de Fiat, aún bajo el estrecho control de sus sindicatos de planta, estuvieron notablemente ausentes de la protesta. Si bien un pequeño grupo de ellos dejó las plantas la mañana del 29, la abrumadora mayoría permaneció en sus puestos y regresó a sus casas luego del trabajo. El testimonio de Carlos Masera, futuro presidente del clausista Sindicato de Trabajadores de Concord, perteneciente a Fiat, que se enteró de la conflagración en el centro de la ciudad a última hora del 29 mientras estaba en su casa y nunca se unió a la protesta, es representativo de los relatos de otros trabajadores de Fiat. El papel de los obreros del complejo IAME, administrado por los militares, fue igualmente mínimo.

Lo que es más importante es que tales interpretaciones ignoran el rol de los otros participantes obreros, distorsionando con ello la naturaleza de la protesta. En determinado momento del Cordobazo, casi todos los demás sindicatos cordobeses estaban en las calles. Ambas CGT habían movilizad y preparado de antemano a los trabajadores para una protesta a fin de mes, y la proximidad física de la mayoría de ellos con el centro de la ciudad, con excepción de los de las más distantes plantas de Fiat, facilitó la participación y adhesión hasta de los sindicatos más sedentarios. El mar de fondo existente en toda la clase obrera local, avivado por las movilizaciones de la CGTA y las estrategias tácticas de la jerarquía laboral, había sido por lo tanto un factor de importancia considerable para explicar la naturaleza masiva del Cordobazo.

Para los principales organizadores obreros, la intención y las metas de la protesta habían sido sin duda modestas y pragmáticas. Problemas laborales inmediatos, como la derogación del *sábado inglés*, la disputa en curso sobre las *quitas zonales* y otros conflictos con las empresas, estaban en el meollo de la participación de los dirigentes del SMATA y la UOM. Su oposición al gobierno de Onganía era también en parte el resultado de casi tres años de pérdida ininterrumpida de poder de negociación e influencia; líderes sindicales normalmente cautelosos, como Torres y Simó, esperaban revertir la situación a través de las tácticas militantes de la protesta aunque, como en el pasado, habrían preferido las aguas más calmas de la negociación y el compromiso.

Pero en el caso de los trabajadores de IKA-Renault el Cordobazo era también la consumación de la integración del joven proletariado automotor al aparato gremial, una expresión generalizada y profundamente sentida, si no de una conciencia de clase, sí de su identidad como trabajadores mecánicos, nacida de la experiencia en

un lugar de trabajo común, que se manifestaba en su estrecha identificación personal con el SMATA. Realzaba este nuevo sentido de la identidad su percepción de sí mismos como un grupo privado de derechos en la sociedad argentina debido a la proscripción del peronismo, percepción que Torres y la dirigencia sindical habían cultivado durante más de una década. Para los trabajadores de IKA-Renault en especial, el sindicato se había convertido en un repositorio de los valores de solidaridad y camaradería. Su status compartido se definía más por la pertenencia a él que a una clase social. Si los trabajadores reaccionaron tan furiosamente en el Cordobazo, no fue meramente a causa de una disminución salarial o la reducción de las posibilidades de movilidad social, sino para protestar contra el desprecio de la dictadura e IKA-Renault hacia su identidad y contra las políticas concebidas para limitar el derecho del sindicato a hablar en su nombre. La campaña de consunción sindical de Torres había tenido tal vez más éxito del que él mismo había deseado, dado que ahora se esperaba que fuera digno de la administración del gremio; el SMATA era ahora una institución por encima de los intereses de su dirigencia. A pesar de su amilanamiento en el fragor de la batalla, la participación de Torres en la organización de la huelga del 29 de mayo, y especialmente su detención y encarcelamiento, persuadieron a los trabajadores del SMATA de que sin duda era digno de la conducción del sindicato. Pero esa legitimidad seguía siendo provisional, una tarea encomendada y por lo tanto sujeta a la aprobación de los trabajadores.

Evidentemente, parte de la génesis del Cordobazo se encuentra también en un movimiento obrero peronista en el cual las consideraciones del interés propio y la política de poder y no las animosidades de clase o incluso la oposición política eran aún, a fines de la década de 1960, importantes motivaciones de la militancia sindical. La importancia de la contribución de la jerarquía laboral peronista al Cordobazo ha sido descuidada —tal vez de manera deliberada, tal vez debido a la confusión que todavía rodea al acontecimiento— por la izquierda marxista, que más tarde procuró apropiarse del levantamiento y transformarlo en el punto de partida de la revolución socialista en la Argentina. Quizá no haya mejor testimonio de la contribución del movimiento obrero peronista al Cordobazo que el ulterior evaluación de uno de sus principales investigadores, el gobernador Caballero, un hombre dado a desenfadadas exageraciones sobre la influencia marxista y la existencia de sinietras camarillas revolucionarias en la ciudad. Si bien Caballero atribuía gran parte de la responsabilidad por el levantamiento a la influencia de sacerdotes radicalizados y organizacio-

nes políticas izquierdistas sobre la población estudiantil local, concedió que la participación obrera había sido de inspiración abrumadoramente peronista.¹⁴ Es posible que Tosco y los sindicatos independientes hayan tenido intenciones más deliberadamente políticas e imaginado la caída de Onganía, pero sólo constituían una pequeña parte de la protesta obrera, una protesta que extraía su fuerza de sindicatos sometidos a una dirigencia peronista decididamente no revolucionaria.

Sin embargo, en términos de la reacción popular que siguió a la muerte de Mena, y específicamente la masiva y entusiasta intervención obrera en la resistencia callejera, había otros factores en juego. Al explicar el Cordobazo, es importante evitar reducir la participación de los trabajadores cordobeses a su propia experiencia de clase, y recordar que también formaban parte de la sociedad más amplia y que por lo tanto estaban sujetos a las influencias sociales específicas en juego en la Argentina y en Córdoba en ese momento determinado. En este aspecto, el Cordobazo fue muy diferente a la otra gran protesta urbana latinoamericana del siglo XX, el Bogotazo de 1948. La pérdida de vidas humanas y bienes, aunque considerable en el Cordobazo, no puede compararse a la de la revuelta colombiana. La bacanal de destrucción y terror sanginario del Bogotazo tenía firmes raíces en una sociedad rural en la cual la violencia política estaba muy difundida y donde la desesperación de las crecientes filas de pobres urbanos había alcanzado niveles peligrosos. No fue éste el caso del Cordobazo. La violencia no era todavía una parte integrante de la vida cívica argentina, aunque el Cordobazo sería el punto de partida de la que imperó en los años setenta. Tampoco había en Córdoba un lumpenproletariado creciente; no existía un barril de pólvora de miseria listo para explotar. Los pobres urbanos de las villas miserias de las afueras, una población relativamente pequeña en la Córdoba de esos años, no tuvieron una participación significativa en la protesta.

Los reclamos laborales eran reales y fueron un factor de importancia considerable para explicar la participación de los trabajadores, pero el Cordobazo sólo puede entenderse plenamente cuando también se toma en cuenta el carácter de la cultura políticamente activa y políticamente letrada de la nación. La Argentina era un país en el cual, en cierta forma, se esperaba que todas las clases participaran en política, y, en ese sentido, las políticas autoritarias de los tres años de gobierno de Onganía habían llevado la frustración a un nivel insostenible. La política era un modo de vida, especialmente en Córdoba, en parte debido al rol de la universidad en la vida cívica y en parte a las pequeñas dimensiones de la ciudad y a su historia de oposición a Buenos Aires. Así, aunque la clase obrera no respon-

día a un espíritu revolucionario, sí se manifestaba en ella uno no conformista y rebelde, y ese élan obrero local era fortalecido por los reclamos específicos de los trabajadores en sus respectivas industrias. En los hechos que siguieron al ataque policial y la disolución de la manifestación planificada, el Cordobazo se había convertido en una protesta eminentemente política. Más allá de las estrategias tácticas de dirigentes sindicales como Tosco, Torres y Simó, sin cuya preparación es cosa admitida que el levantamiento nunca se habría producido, había habido una explosión espontánea de oposición, un repudio popular al régimen autoritario, una protesta política. Esto explica la atracción del Cordobazo y el respaldo que recibió de casi todas las clases de la ciudad.

Si bien es posible que haya sido algo muy diferente de lo que muchos sostuvieron, la significación del Cordobazo no se ha exagerado. Su mitificación por la izquierda y por la clase obrera cordobesa sirvió para galvanizar a gran parte del movimiento obrero local, y fue la chispa que dio origen a los casi seis años de militancia sindical que siguieron. Irónicamente, el levantamiento no ingresó al panteón de la corriente principal del movimiento peronista como uno de sus días sagrados, a pesar del papel crucial jugado por los sindicatos peronistas. El Cordobazo llegó a ser asociado casi exclusivamente con los otros sectores del movimiento obrero local, para simbolizar un nuevo tipo de protesta obrera, del que se suponía era el heraldo de un nuevo rol para esa clase en la vida política del país. La verdad detrás del mito no era tan importante como la existencia del mito en sí y el hecho de que alentara dentro del movimiento obrero cordobés tendencias que, si bien siempre poderosas, nunca habían sido dominantes.

Como comentaron varios de los entrevistados, cada uno de los partidos y organizaciones izquierdistas clandestinos vio el levantamiento a través de su propio marco de preceptos ideológicos y construyó sus programas revolucionarios en torno a su ejemplo. Para la izquierda maoísta del Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista, fue la prueba del poder latente de las masas y de la eficacia de la huelga general revolucionaria y la insurrección popular como el camino más seguro hacia el socialismo. Para los marxistas-leninistas, por su lado, confirmó la necesidad de construir un partido revolucionario que diera a la clase obrera la disciplina institucional y organizativa requerida para impedir la disipación de sus esfuerzos. Para los neotrotskistas y guevaristas del Partido Revolucionario de los Trabajadores y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), apuntó a la necesidad de diseñar una estrategia militar paralela, un ejército revolucionario, para enfrentarse a los poderes represivos del Estado en futuras confrontaciones. Para la izquierda peronista, se trató de una rei-

vindicación de la esencia revolucionaria del peronismo y del temperamento de la clase obrera peronista, que sólo necesitaba el retorno de su líder histórico para luchar por el alejamiento de los elementos corruptos y traidores del movimiento y restaurar su promesa revolucionaria original.

Para muchos que vivieron el Cordobazo sin intermediarios, la experiencia marcó un punto de inflexión político. Esto contribuye a explicar la simpatía que existiría en la ciudad, particularmente entre los estudiantes universitarios pero también en algunos trabajadores, hacia una u otra de las organizaciones izquierdistas en los años siguientes. Para algunos, el Cordobazo se tradujo en una convicción absoluta respecto de la inminencia y conveniencia de la revolución socialista en la Argentina y en una disposición a trabajar activamente por ella, a menudo con gran riesgo personal. Para Alberto, por ejemplo, el estudiante de Arquitectura de Villa María, fue la confirmación de su creyente intervención en política y lo llevó a una posterior decisión de unirse al PRT. Luis, un estudiante de Derecho, se había movido hacia el peronismo a través de su intervención en organizaciones estudiantiles católicas y había participado en las campañas de la CGTA. Se convenció de las posibilidades de la revolución en la Argentina, pero también de la necesidad de un socialismo que se adaptara al carácter y las condiciones nacionales del país; su posterior decisión de unirse a los Montoneros sería la misma que la de muchos estudiantes de la Facultad de Derecho que tenían similares antecedentes católicos.

A pesar de la ulterior mistificación del Cordobazo, el impacto político inmediato del levantamiento fue menos contradictorio. La gravedad de los acontecimientos del 29 y 30 de mayo y el abierto desafío de los manifestantes tanto al gobierno provincial como al nacional, desataron una ola de represión por parte del régimen que no hizo sino profundizar la oposición. El gobierno de Caballero cayó poco después del Cordobazo, pero Onganía intentó restablecer su autoridad tratando con dureza a la ciudad. El 31 de mayo, escuadrones policiales registraron a fondo la sede central de la CGTA y los edificios del SMATA y Luz y Fuerza, como rencorosa represalia contra los sindicatos a los que se consideraba los máximos responsables de la insurrección.¹⁵ El mismo día, unidades policiales y del ejército comenzaron a reunir y detener a más activistas sindicales y estudiantiles, en registros casa por casa a lo largo y lo ancho de la ciudad. El sindicato de trabajadores de Luz y Fuerza fue un blanco especial del rencor gubernamental, convirtiéndose para Onganía en el chivo expiatorio oficial de la protesta. El gran número de trabajadores lucifuerzistas arrestados y las duras sentencias de cárcel dic-

tadas a Tosco y otros dirigentes gremiales indicaban la conciencia gubernamental acerca de la importancia estratégica del sindicato. Cualquier valor que los gobiernos hubieran atribuido en el pasado a la existencia de un contrapeso a los peronistas en el movimiento obrero cordobés, terminó con la violencia del Cordobazo. De allí en más, la eliminación de Luz y Fuerza como un puntal dentro del movimiento obrero pasó a ser una prioridad para todos los gobiernos argentinos, militares y civiles.

El SMATA fue otro de los blancos. La preponderancia del sindicato en la organización de la protesta y la alianza que había concluido con Tosco y los gremios de la CGTA eran un intranquilizante recordatorio del poder que podría ejercer el movimiento obrero cordobés en caso de enterrar sus divisiones sectarias y emprender una acción coordinada. La dureza de la sentencia pronunciada contra Torres fue el primer signo de que el SMATA sería considerado tan responsable del levantamiento como el más militante Luz y Fuerza. Sin embargo, la estrategia adoptada contra el sindicato no fue la de una purga generalizada de la dirigencia sindical sino un intento de controlar mejor sus actividades. Se pensó en una prohibición de la actividad política en las bases, una disciplina fabril más estrecha y una gran presencia militar en y alrededor del complejo de Santa Isabel, para intimidar a los trabajadores y hacer que aceptaran pasivamente las medidas represivas del régimen. Esta política, sin embargo, tuvo el efecto exactamente opuesto. Los trabajadores del SMATA tomaron las medidas como provocaciones flagrantes, y el espíritu combativo del sindicato se mantuvo con vida allí donde reclamamos más destacados.

La represalia del gobierno provocó una continuada militancia de los trabajadores de IKA-Renault, y los lugartenientes de Torres ocuparon la dirigencia vacante junto con otros sindicatos legalistas para conducir la resistencia a la reacción poscordobazo. El 2 de junio, apenas desvanecido el humo de la destrucción de dos días antes, el SMATA convocó a un paro de 24 horas para protestar contra las medidas del gobierno y exigir la liberación de todos los líderes gremiales encarcelados.¹⁶ Durante las semanas siguientes, el sindicato pareció avanzar poco a poco hacia una ruptura con Vandor y tal vez hacia una alianza permanente con los sindicatos más militantes de la ciudad.

Casi inmediatamente, el Cordobazo tuvo el efecto de trastornar las alianzas sindicales establecidas en la ciudad. El cambio más importante fue el renacimiento de los sindicatos *legalistas*. La UTA, la ATE (trabajadores estatales) y otros gremios peronistas que habían vivido a la sombra de Vandor desde principios de la década

recuperaron su independencia y descubrieron un líder en Atilio López, de la UTA. En los años siguientes, López y los *legalistas* acercarían su alianza a las posiciones de la izquierda peronista y modificarían sus prioridades tácticas, pasando de la asociación con los dirigentes del movimiento obrero peronista de Buenos Aires a una estrategia más local, privilegiando a los independientes de Tosco y, en menor medida, a los sindicatos *clásistas*. Estos movimientos harían realidad un temor de larga data de los sindicatos no peronistas: el equilibrio de fuerzas en favor de los sindicatos no peronistas de la segunda ciudad industrial del país, lo que contribuye a explicar los esfuerzos especiales desplegados por el gobierno peronista de 1973 a 1976 para disciplinar a los gremios peronistas locales y romper el movimiento obrero cordobés.

Uno de los motivos por los que el SMATA, la UTA y otros sindicatos *legalistas* decidieron mantener la alianza que habían creado en la ciudad fue la crisis de las filas *vandoristas* como consecuencia del Cordobazo. La pusilanimidad de Vandor y la indecisión demostrada en general por la jerarquía gremial durante la escalada de acontecimientos que culminó en el Cordobazo no habían sido redimidas por la convocatoria de la CGT a un paro general de 24 horas para el 30 de mayo. Golpeado vigorosamente por los sindicatos cordobeses, Vandor estaba una vez más a la defensiva. El levantamiento había demostrado que, al menos en Córdoba, la iniciativa la tenían otras corrientes del movimiento obrero y que Vandor y los caciques *porteños* no tenían el monopolio de la capacidad de movilizar a grandes sectores de la clase. Un levantamiento similar en Rosario, aunque de escala mucho menor, una semana después del Cordobazo, indicó que el interior permanecía aún indómito y que la alianza de la CGTA seguía viva. El propio prestigio de Ongaro había quedado restaurado por su impulsivo pero dramático y bien publicitado viaje a Córdoba y su detención allí el 27 de mayo, que se consideraba un gesto decisivo de solidaridad, en contraste con las tácticas dilatorias y el matonismo de Vandor. Sindicatos como los de telefónicos, trabajadores del calzado y estatales que habían abandonado a Ongaro regresaron al redil de la CGTA en las semanas posteriores al Cordobazo, y el movimiento obrero alternativo recibió una andanada final de apoyo.

A principios de junio, liberado su secretario general de la cárcel, la CGTA emprendió una nueva campaña de resistencia. Una vez más, Ongaro recibió su más fuerte respaldo de Córdoba, donde las protestas obreras seguían sin disminuir. El 17 y 18 de junio se realizaron allí paros generales para exigir la liberación de todos los presos políticos. Poco después Onganía designó un gobernador mi-

litar para la provincia, que se deslizaba lentamente a un estado de desobediencia civil prolongada, si no de insurrección abierta. A lo largo de todo el mes surgieron tensiones, dado que estaba en preparación una huelga general para el 1° de julio, apoyada por Ongaro pero rechazada por Vandor. Entonces, el 30 de junio, éste fue baleado en la sede de la UOM en Avellaneda. Su asesinato fue repudiado por la CGTA y nunca quedó plenamente aclarado, pero sin duda tenía como telón de fondo las ásperas divisiones y rivalidades peronistas que habían vuelto a la superficie en las semanas posteriores al Cordobazo.¹⁷ El asesinato de Vandor brindó al gobierno el pretexto exacto que necesitaba para eliminar a la rejuvenecida CGTA. El día del crimen el gobierno declaró el estado de sitio (que no sería levantado hasta marzo de 1973), tomó el control de varios de los principales sindicatos afiliados a la CGTA y encarceló a gran parte de la dirigencia de ésta.¹⁸

La huelga general del 1° de julio se realizó según lo planificado, pero durante el resto del año la inflexible represión gubernamental mantuvo al movimiento obrero a la defensiva y redujo sus oportunidades de capitalización inmediata del Cordobazo y de construcción de una oposición obrera efectiva a la dictadura. Córdoba fue el único lugar donde la resistencia sindical no se quebró. Aunque la CGTA era un aliado útil, el movimiento obrero cordobés tenía ahora poder propio y era capaz de actuar de manera independiente. Los paros de junio convocados por los trabajadores del SMATA, por ejemplo, recibieron una oleada masiva de respaldo de todos los sindicatos de la ciudad y sugirieron que el Cordobazo había establecido un movimiento obrero unificado, preparado para enfrentar solo al gobierno si era necesario. Desde la cárcel, Torres apoyó las tácticas militantes para incrementar la presión sobre el gobierno.¹⁹ Sin embargo, incluso en Córdoba las perspectivas de corto plazo de la militancia sindical tenían obstáculos, dado que el encarcelamiento de Tosco y otros dirigentes de Luz y Fuerza debilitaba los esfuerzos para combatir al gobierno. La resistencia ulterior tendría que ser dirigida por el SMATA, un sindicato acostumbrado al papel de conducción en la oposición antigubernamental, pero ahora en manos de los inexpertos lugartenientes de Torres.

Los problemas de la inexperiencia de los líderes del SMATA se agravaban por la historia reciente del sindicato: su alianza con los agentes del poder tradicional del movimiento obrero contra los "jóvenes Turcos" y agitadores de la CGTA y con ello su vulnerabilidad a las presiones provenientes de la CGT central. La inclinación natural del sindicato a aliarse con los poderes establecidos del movimiento obrero, sin embargo, se vio socavada por la crisis y el desorden que siguieron al asesinato de Vandor. Durante varios meses el mo-

vimiento obrero peronista se encontró en un estado de confusión, incapaz de ayudar al SMATA cordobés a resistir las tácticas represivas del gobierno. Las condiciones locales y una evaluación fría de las limitadas posibilidades de resistir la campaña de Onganía sin el apoyo de otros sindicatos cordobeses, antes que un presunto interés en seguir la lucha contra el gobierno, alentaron a la nueva dirección del SMATA a sostener la alianza obrera nacida en el Cordobazo. En octubre, cuando el gobierno procuró "normalizar" la CGT nacional con el respaldo de los *vandoristas* y *participacionistas*, el SMATA y otros sindicatos de Córdoba convocaron a un congreso de las CGT regionales para explorar la posibilidad de formar otra CGT nacional rival, ésta con una base provincial y en oposición a Buenos Aires.²⁰

La capacidad del movimiento obrero para mantener su resistencia dependía en gran medida de la liberación de Tosco de la cárcel. Sin el líder de Luz y Fuerza, las posibilidades de que la cooperación de los sindicatos se transformara en una disciplinada alianza obrera eran escasas. Sólo Tosco conservaba la lealtad de los sindicatos independientes, y sólo él podía merecer el respeto de gran parte de la clase obrera peronista local. Su papel dirigente en el Cordobazo le había ganado un prestigio que oscurecía el de todos los otros líderes, Torres incluido. Se lo necesitaba como un árbitro, como el catalizador que impidiera la disipación de los esfuerzos de la militancia de base y mantuviera unido al movimiento obrero local. Durante los largos meses de encarcelamiento en la prisión de Rawson, Tosco intentó preservar la unidad del movimiento obrero cordobés mediante un programa común de oposición a la dictadura. En cartas sacadas clandestinamente de la cárcel y publicadas en *Electrum* y otros periódicos locales, trataba, *in absentia*, de estimular lo mejor posible la cooperación, con la esperanza de recuperar su libertad antes que el movimiento obrero cordobés se fracturara bajo el peso de su propia diversidad.

Lo que Tosco no podía ver desde detrás de los muros de su prisión, en lo profundo de la Patagonia argentina, era que en el movimiento obrero estaban apareciendo nuevas grietas que no podían superarse con palabras de aliento, apelaciones al sentido común y ni siquiera con un programa unificador de oposición a Onganía. En el corazón de los conflictos que pronto surgirían no había, como en el pasado, rivalidades personales y políticas o cálculos estratégicos de parte de la dirigencia gremial, sino diferencias ideológicas genuinas. Luego del Cordobazo, la ideología se convirtió en una gran fuerza dentro de la política obrera local. El movimiento obrero cordobés pronto comenzó a hablar un nuevo lenguaje, y muchos trabajadores demostraron interés en las nociones de revolución, lucha de cla-

ses y socialismo, exhibiendo una nueva sofisticación política que había estado ausente sólo unos pocos meses antes. Evidentemente, esta tendencia no había nacido por milagro en el levantamiento de mayo; expresaba influencias que actuaban desde hacía mucho tiempo en la ciudad. En el movimiento obrero, la presencia constante de activistas de izquierda en Santa Isabel, incapaces desde fines de los años cincuenta de disputar seriamente el control peronista del sindicato pero que a pesar de todo aún seguían siendo una fuerza importante, y la existencia de un gran bloque de sindicatos no peronistas en los independientes de Tosco eran factores que preparaban a Córdoba para el *claxismo* y las luchas obreras de la década siguiente. Intelectualmente, las interpretaciones revisionistas del peronismo como movimiento revolucionario planteadas por una generación de activistas políticos e intelectuales, alentados sobre todo por los propios mensajes de Perón a sus partidarios dentro de la juventud, hicieron posible una relación más estrecha entre la clase obrera peronista y los activistas sindicales de izquierda. Políticamente, la influencia de la Revolución Cubana y la inminente victoria de la coalición de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile hicieron que se despertara una profunda simpatía por el socialismo y la creencia en su triunfo inevitable, no sólo entre los ideólogos marxistas sino también en un amplio sector de la clase obrera cordobesa.

Si el Cordobazo no fue el precursor de estos cambios, fue no obstante un poderoso estimulante de las tendencias latentes que encontraron expresión en la década de 1970. Fue significativo como mito legitimizador, transformado por la izquierda de protesta popular en épico suceso revolucionario, pero también tuvo importancias por los cambios reales que ocasionó. Dentro de las fuerzas armadas, puso en marcha un proceso de disenso y oposición contra el régimen, provocando un debilitamiento fatal de la dictadura que culminaría en la destitución de Onganía en junio del año siguiente. En términos del movimiento obrero local, también abrió posibilidades que antes no existían. Uno de los cambios más significativos tuvo lugar en Ferreyra, donde años de colusión sindical con la empresa Fiat y una ignominiosa pasividad durante el Cordobazo habían hecho a los trabajadores particularmente susceptibles a las influencias que había desatado el levantamiento de mayo. Esta susceptibilidad, por otra parte, coincidió con renovados esfuerzos de la empresa italiana por reducir sus costos laborales e incrementar su competitividad, alentada por el progreso que había hecho en esos años en el mercado automotor.²¹ A principios de septiembre de 1969, Fiat despidió a más de cien trabajadores de su planta GMD, afiliada al SMATA. El sindicato asumió una acción resuelta

en defensa de sus obreros echados, y el ulterior acuerdo de la compañía para anular los despidos contrastó con la vulnerabilidad de los trabajadores de las otras plantas de Fiat y con la ineficacia de los que, cada vez con más frecuencia, ellos llamaban despectivamente sus *sindicatos amarillos*, los sindicatos de planta SITRAC y SITRAM.²²

El Cordobazo contribuyó a una mayor politización de la totalidad de la clase obrera cordobesa y le dio una sensación (retrospectivamente, exagerada) de su poder. A los activistas sindicales que se identificaban con uno u otro de los programas de la izquierda, les demostró lo que muchos de ellos habían sostenido durante mucho tiempo pero que probablemente habían llegado a dudar: que la clase obrera argentina aún tenía el potencial de actuar como un protagonista político independiente del esquema corporativo peronista.²³ Para muchos otros fue el punto de partida de una crítica sistemática del capitalismo argentino y la elaboración de un programa político para los sindicatos aún más radicalizado que el propuesto por Tosco y los independentes, que siempre fueron reacios a identificarse con cualquier tendencia política que pudiera dividir todavía más al movimiento obrero. Por sobre todo, sin embargo, el Cordobazo cambió la dinámica de la política obrera local. Durante los siguientes seis años ejercería una profunda influencia sobre la imaginación de la clase obrera de Córdoba y alentaría a muchos trabajadores, algunos de los cuales habían estado ausentes por completo del levantamiento, a apoyarse en su ejemplo como primer paso hacia la creación de un papel revolucionario para la clase obrera.

NOTAS

¹ Ernesto Laclau, "Argentina: Imperialist Strategy and the May Crisis", *New Left Review*, n° 62 (julio-agosto de 1970), pp. 3-21; Paul H. Lewis, *The Crisis of Argentine Capitalism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990), pp. 371-380; Robert Massari, "Le cordobazo", *Sociologie du Travail*, n° 4 (1975), pp. 403-418; y James Petras, "Córdoba y la revolución socialista en la Argentina", *Los Libros*, vol. 3, n° 21 (agosto de 1971), pp. 28-31, son representativos de estas interpretaciones excesivamente esquemáticas del Cordobazo. Los sociólogos argentinos se han mantenido más próximos a la crónica histórica, pero también son culpables de asociar demasiado íntimamente el carácter del desarrollo industrial de la ciudad con el levantamiento. Véase Francisco Delich, *Crisis y protesta social: mayo de 1969* (Buenos Aires: Ediciones Signos, 1970); Francisco Delich, "Córdoba: la

movilización permanente", *Los Libros*, n° 21 (agosto de 1971), pp. 4-8; y Juan Carlos Agulla, "Significado de Córdoba", *Aportes*, n° 15 (enero de 1970), pp. 48-61.

² Clarín, 12 de mayo de 1969, p. 24.

³ *Jerónimo*, vol. 10, n° 10 (20 de mayo de 1969), p. 1; archivo del SMATA, "Volantes, comunicados y diarios del SMATA, 1969", volante sindical "La lucha por nuestros derechos debe proseguir", 19 de mayo de 1969. De las publicaciones y los comunicados sindicales de las semanas anteriores al Cordobazo surge con claridad que el problema del *sábado inglés* fue una cuestión galvanizadora para los trabajadores del SMATA. No obstante, era la culminación de unos tres años de medidas generales antiobreras por parte del gobierno, y en la protesta de los trabajadores estaba implícito, sin duda, un repudio político al régimen. Véase James P. Brennan y Mónica B. Gordillo, "Working Class Protest, Popular Revolt, and Urban Insurrection in Argentina: the 1969 Cordobazo", *Journal of Social History*, vol. 27, n° 3 (primavera de 1994), pp. 477-498.

⁴ Ramón Cuevas y Osvaldo Reicz, "El movimiento estudiantil: de la Reforma al Cordobazo", *Los Libros*, n° 21 (agosto de 1971), pp. 17-18.

⁵ Cuevas y Reicz, "El movimiento estudiantil", pp. 17-18; A. Pérez Lindo, *Universidad, política y sociedad* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1985).

⁶ *La Voz del Interior*, 27 de abril de 1964, p. 9.

⁷ Desde 1966 en adelante, la publicación semanal de los trabajadores de Luz y Fuerza de Córdoba, *Electrum*, abundó en referencias al uso de las comodidades del sindicato por parte de los estudiantes.

⁸ *La Voz del Interior*, 23 de marzo de 1969, p. 39; Agustín Tosco, "Testimonio del Cordobazo", *Presente en las luchas de la clase obrera: selección de trabajos* (Buenos Aires: Jorge Lannot y Adriana Amantea, 1984), pp. 37-55.

⁹ *La Voz del Interior*, 7 de mayo de 1969, p. 21.

¹⁰ *Electrum*, n° 213, 28 de marzo de 1969, p. 1.

¹¹ Tosco, "Testimonio del Cordobazo", pp. 37-55; Agustín Tosco, testimonio grabado sobre el Cordobazo, sede central de Luz y Fuerza en Córdoba.

¹² Entrevistas con Elpidio Torres, Córdoba, 25 de julio de 1985; Miguel Ángel Correa, Córdoba, 3 de julio de 1985; Alfredo Martini, Córdoba, 20 de julio de 1987. Narraciones de variada exactitud que pretenden relatar los sucesos del Cordobazo pueden encontrarse en Roque Alarcón, *El Cordobazo* (Buenos Aires: Editorial Enmarque, 1989); Jorge Bergstein, *El Cordobazo* (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1987); Beba C. Balvé y Beatriz S. Balvé, *Lucha de calles, lucha de clases (Córdoba 1969-1971)* (Buenos Aires: Editorial La Rosa Blindada, 1973); M. Bravo Tedín y G. Sarría, *El Cordobazo: un grito de libertad* (La Rioja: Editora del Nordeste, 1989); y Daniel Villar, *El Cordobazo* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971).

¹³ Véase, por ejemplo, Agustín Tosco, "El Cordobazo: rebelión obrera y popular", recitado en *Democracia sindical* (junio de 1984), p. 6. El grado de conocimiento que tenían los trabajadores de la estrategia planeada para

la protesta difería sin duda ampliamente de sindicato a sindicato. En el pequeño y altamente democrático de Luz y Fuerza, parece que casi todos los trabajadores habían sido enterados de los planes. En el SMATA, en cambio, la directiva gremial transmitida a los tres turnos el 28 de mayo sólo daba instrucciones generales. A los trabajadores del turno matutino se les dijo que esperarían las consignas de sus delegados y que abandonarían las plantas a eso de las once, concentrándose en la entrada de las fábricas para marchar hacia el centro poco después. Los de los turnos vespertino y nocturno tenían la instrucción de reunirse en la sede gremial en el centro a las diez y avanzar directamente desde allí a Vélez Sarsfield. En ningún momento se los informó de los planes para ocupar la ciudad, y todas las indicaciones dadas señalaban que se trataría de una manifestación pacífica, con posterior dispersión ante la sede de la CGT; archivo del SMATA, SMATA-Córdoba, volumen "Volantes, comunicados y diarios del SMATA, 1969", directiva gremial "Paro nacional", 28 de mayo de 1969.

¹⁴Departamento de Estado de los Estados Unidos, Documentos Relacionados con los Asuntos Internos de la Argentina, Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, "Córdoba, Ex-Governor's Views on May Uprising", A-464, 15 de septiembre de 1969.

¹⁵*La Voz del Interior*, 31 de mayo de 1969, p. 13; 1° de junio de 1969, p. 16; 4 de junio de 1969, p. 21.

¹⁶Archivo del SMATA, SMATA-Córdoba, volumen "Volantes, comunicados y diarios del SMATA, 1969", directiva gremial "A los compañeros del gremio", 4 de junio de 1969.

¹⁷Departamento de Estado de los Estados Unidos, "Vandor's Assassination and Funeral", A-366, 21 de julio de 1969. Las teorías sobre la autoría del asesinato de Vandor van desde su atribución a rivales internos de la UOM hasta considerar que se trató de la primera eliminación de un dirigente sindical "traidor" llevada a cabo por la rama juvenil de la izquierda peronista, una práctica que, en verdad, se haría común en la década siguiente.

¹⁸Oscar Anzorena, *Tiempo de violencia y de utopía* (Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1988), p. 89.

¹⁹"Desde el encierro envía un mensaje al gremio el compañero Elpidio Torres", *La Voz del SMATA*, SMATA-Córdoba, vol. 6, n° 35 (30 de junio de 1969), p. 3.

²⁰*La Voz del Interior*, 1° de octubre de 1969, p. 10.

²¹En 1966, Fiat alcanzó por primera vez las cifras de ventas de IKA-Reynault. En 1969 era la empresa de mayores ganancias de la industria. Juan V. Sourrouille, *Transnacionales en América Latina: el complejo automotor en Argentina* (México: Editorial Nueva Imagen, 1980), pp. 60-61.

²²"Conflicto GMD: el triunfo de la solidaridad y la lucha", *La Voz del SMATA*, SMATA-Córdoba, vol. 6, n° 36 (14 de octubre de 1969), p. 7.

²³La importancia del levantamiento de mayo para los clasistas cordobeses era muy simple: casi unánimemente se lo consideraba nada menos que como el primer acto de la revolución socialista en la Argentina. Puede hallarse esta interpretación en cualquiera de las publicaciones clasistas de la década del setenta. Véase, por ejemplo, "La caída de la «Revolución Argentina»: la enseñanza del Cordobazo", *SMATA*, SMATA-Córdoba, n° 103 (29

de mayo de 1973), p. 3. El grupo maoísta Vanguardia Comunista declaró en su informe partidario anual de 1971 que el Cordobazo había demostrado el "inagotable espíritu revolucionario de nuestro pueblo, con el proletariado industrial a la cabeza". Vanguardia Comunista, Informe político, 1971, archivo del SITRAC, carpeta "Vanguardia Comunista".